

972.02
C.E.N.A.

972.02

S718d

C.R.

Max. Soto Hall

DE

MÉXICO Á HONDURAS

(EL VIAJE DE HERNÁN CORTÉS)

San José

Tipografía Nacional

1900

*A Marco Aurelio Soto
Con el cariño de
su hermano,*

Máximo

PRIMERA PARTE



DE MEXICO A HONDURAS

EL VIAJE DE HERNÁN CORTÉS

I

EL día 12 de octubre de 1524 salía de la ciudad de Tenochtitlán (1) una gran expedición que parecía encabezada por un monarca. Iban en ella linajudos caballeros, famosos capitanes, altos empleados, sacerdotes, frailes, un mayordomo, un botillero, un repostero, un despensero, un maestre-sala, varios camareros, un médico y un cirujano; un volteador, un prestidigitador

(1) Cortés dice Tenuxtítán en su carta al Emperador, fechada en México, á 3 de setiembre de 1526 y otros escriben Tenuchtítlán. Aquí se opta por Tenochtitlán, basándose en lo que dice don Manuel Orozco y Berra en su obra *Historia Antigua y de la Conquista de México*, tomo III, página 154.

y un titiritero; pajes de alto nombre, dos de lanza, ocho mozos de espuela, dos halconeros y una noble intérprete y llevaban vajillas de oro y plata, chirimillas, sacabuches y dulzainas, acémilas y acemileros y príncipes y grandes hombres de estado en calidad de cautivos, y tres mil indios mexicanos plantados en pie de guerra. (2) El esplendor y la magnificencia más grandes se hacían sentir en aquella soberbia comitiva.

¿Quién iba al frente de ella? ¿Era por ventura algún gran señor en cuyas venas corriese la sangre azul de los monarcas españoles ó la hirviente é indomable de los caciques mexicanos? No: era un aventurero que pocos años antes vivía entre las sombras de la masa común. Un hombre nacido en Medellín, pueblo de Badajoz, hijo de un capitán de infantería retirado que, á decir de Las Casas, era pobre y humilde; un hombre, en fin, que contraviniendo, para gloria suya y de España, la voluntad de sus padres, despreció la toga por empuñar la espada; que hubiera sido en el campo de las letras un honrado notario de pueblo ó un capcioso abogado del montón y que gracias á su energía indomable, á su valor sin ejemplo, logró ponerse á la primera altura entre los más grandes capita-

(2) De ésta gran comitiva da cuenta Bernal Díaz del Castillo en su obra *Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España*. Capítulo CLXXIV.

nes españoles. Era uno de tantos, en ese puñado de héroes que vinieron á las Américas á conquistar la gloria, sin más que un brazo fuerte empuñando una lanza indomable y una cota de maya guardando un corazón más fuerte, y á veces más duro que las mismas piezas de su coraza de acero; era Hernán Cortés, el que pudo enrostrar á un Soberano el haberle hecho un donativo más valioso que la misma corona y poderes que heredó de sus antepasados.

¿Y á donde iban con tal pompa regia y esplendor tanto? Cualquiera hubiese creído que se trataba de una gran parada ó de un simulacro conmemorativo. Y no era así; iban á realizar una empresa menos incierta, pero más arriesgada, que la del descubrimiento de América, iban; por tierra á pasar desde México hasta Honduras.— Debían atravesar enmarañadas selvas, sin paso para el hombre; caudalosos ríos, sin puentes para cruzarlos; largas distancias, sin víveres ni alojamientos, y todo en medio de gente enemiga, sin la compasión de los hombres ni la clemencia de la naturaleza.— El hacha que desgaja, la fragua que forja, la sierra que muerde y la voluntad inquebrantable que maneja todos estos elementos y vence todos los obstáculos, eran las fuerzas encargadas de marcar un camino, antes no hollado por los hombres.

¿Y cuál era el móvil de hazaña tan prodigiosa? ¿Qué fuerza bastante había para obligar á Cortés á dejar el país que á

costa de tanta sangre y tanto sacrificio había logrado conquistar? ¿Por qué se alejaba de Nueva España, precisamente cuando las pasiones de partido tenían revuelto el país apenas dominado; cuando los ambiciosos heridos por los resplandores de ese astro fulgente que no tuvo en su vida más eclipse que el de la noche aciaga en que lloró al pie del ahuehuete, querían con calumnias y odios nefandos eclipsar sus divinos luminares? ¿Por qué exponer así la gloria á tan alto precio conquistada? No iba á extender los dominios del Rey, ni á subyugar á los indios sublevados, ni á buscar nuevas conquistas: iba como un dios olímpico, lleno de ira santa, á castigar á un caudillo infiel, á un protegido ingrato; y en su enojo olvidaba la gloria y olvidaba el poder, para correr por sí propio á ejercer la terrible justicia: iba á castigar á Cristóbal de Olid, quien, engañándole, trataba en secreto con Diego de Velázquez.

II

Solamente las expediciones de Alejandro á la India, de César atravesando las Galias y de Aníbal trasponiendo los Alpes, pueden compararse á la famosa de Cortés en su viaje de México á Honduras. — Sus amigos, sus capitanes, sus servidores, todos á una le señalaron los peligros sin cuento que lo aguardaban en esta larga travesía, y los no menores que por motivo de su ausencia amenazarían á la Nueva

España. Pero todo fué inútil: el Jefe audaz, que dió fuego á las naves para obligar á su gente á la conquista, no era hombre de quien se pudieran torcer las resoluciones.

Habíanse partido ya de la ciudad de Tenochtitlán y aun el factor González de Sandoval, aparejando su caballo al de Cortés, le decía cantando: “ay tío, volvámonos! ay! tío volvámonos!” á lo que el Conquistador respondía, cantando también y sin amenguar el paso: “adelante mi sobrino! adelante mi sobrino! no creais en agüeros, que será lo que Dios quiera, adelante mi sobrino”; (3) y la regia comitiva avanzaba en la senda de su calvario, puesta la fe de todos en el valor sin sombras de su jefe.

Era la hora del alba, y el sol desde el Oriente, al soltar en el espacio azul su cbellera de oro, llevaba con sus fúlgidas caricias el contento á todas las almas. No era aún áspero el camino, y ni el calor ni el cansancio pesaban sobre los viajeros.— Caballos, jinetes y peones iban como se va siempre al arranque de la primer jornada, con la sonrisa en los labios y la esperanza en el corazón. Por otra parte, el principio de la ruta amarga, se ofrecía halagüeño: comenzaba con una boda. En uno de los primeros pueblos á que llegaron, cerca de Orizaba, casóse doña Marina con el ca-

(3) Bernal Díaz del Castillo. Capítulo CLXXIV.

pitán Juan Jaramillo. (4) Unión extraña por cierto. La dulce niña india de la fantástica leyenda, la rendida enamorada de Cortés, el arma poderosa de la conquista, se unía á otro hombre que no era aquel por quien sacrificó á su raza y traicionó á su país. ¿Por qué? ¿Habriase por ventura, después del triunfo, enfriado su corazón como el arma después del combate?— ¡Quién sabe! Tiene la historia como la naturaleza, indescifrables misterios.

Contribuían también al contento general los agasajos, ovaciones y festejos que á su paso recibía Cortés, por todos admirado y en todas partes temido. Personas tan principales como Bernal Díaz del Castillo, Capitán de lustre é historiador de nota, eran los primeros en rendir homenaje al Conquistador. Cuando Bernal Díaz, que se encontraba en Guazacualco, tuvo noticia de la llegada de Cortés á Guazpaltepeque, acompañado de la gente más connotada del lugar y de muchos compañeros de armas, salió á su encuentro, á más de treinta leguas sobre el camino.

Seguíase el viaje sin mayores contratiempos, y así se llegó hasta Guazacualco,

(4) Poca importancia da Bernal Díaz á este matrimonio, al cual alude muy de paso. Esta circunstancia nos hace creer que las relaciones de Marina con el Conquistador se hallaban sepultadas en el olvido hacía tiempo, y si la célebre india formaba parte de la Comitiva, era únicamente porque iba en calidad de intérprete, sustituyendo á Jerónimo de Aguilar, muerto algunos meses antes.

no obstante de haber recorrido una larga distancia y atravesado caudalosos ríos, perdiéndose, en uno de tantos, varias canoas y muchos líos de ropa, entre la cual se contaba la del recién casado Juan Jaramillo, que se quedó sin más prendas de vestir que las que llevaba puestas.

III

Puede asegurarse que mientras caminaron por territorio del gran Imperio Mexicano, no fueron muchas sus penalidades y sufrimientos. En primer lugar aquel pedazo del mundo nuevo estaba más explorado, y en segundo les era más fácil comunicarse con los naturales. Pero llegó el momento de entrar en el reino de Guatemala y entonces, como si todo se hubiera revelado contra la expedición del gran Capitán, no cesaron ya las dificultades, los dolores y los contratiempos.

Pasado que hubieron el río Chilapa, comenzaron á caminar por un terreno cenagoso, grandes y espesos barriales, donde los caballos y los peones se hundían, se atascaban y aun avanzar poco era una inmensa dificultad; además, de aquellas ciénagas se desprendían miasmas envenenados que parecían llevar en su seno la enfermedad y la muerte. A cortas jornadas, cubiertos de lodo, rendidos, lograron salir de aquellos atolladeros y después de caminar por menos difícil senda llegaron, al fin, al pueblo de Iztapán. El pueblo

estaba desierto, como si el frío soplo de la muerte hubiese agostado en él toda palpitación de vida; las casas y las calles vacías; todo silencioso, todo apagado. Los indios, sabedores de la llegada de los hombres blancos, habían huído á los montes, creyéndose más seguros en lo intrincado de las selvas que en el seno de sus propios hogares. Hijos de la montaña se juzgaban amparados por ella.

Cortés, al tener noticia de su huída, puso todos los medios que tenía á su alcance para hacerles volver al pueblo. Sabiendo que su fuga era originada por el terror, trató de tranquilizarlos con promesas de paz, de protección, de amistad. No sin trabajo consiguió que llegaran á su presencia. Hablóles con dulzura, los agasajó cuanto pudo y acabó, en apariencia al menos, por disipar sus temores. (5) Les hizo ver un plano, bordado sobre lienzo, que los habitantes de Coatzacuaco le habían obsequiado y en el cual se hallaba marcada la ruta que debía seguir para llegar al fin deseado y les rogó lo guiasen al lugar próximo en que debería detenerse. Atentos le escucharon los indios y parecieron acceder á

(5) “Después de haber hecho esto habló aquel que parecía más principal, y le dije que ya veía que no hacía yo mal á nadie y mi ida por aquella parte no era á los ofender, antes á les hacer saber muchas cosas que les convenían á ellos, así para la seguridad de sus personas y haciendas como para la salvación de sus ánimas.”

Cartas y relaciones de Hernán Cortés. Colección Gayangos. Página 406.

sus peticiones con el mayor gusto. En prueba de ello trajeron víveres y hasta algunos obsequios para las gentes de la expedición y prometieron al jefe acompañarle hasta Temastepec, donde, según ellos, llegarían en tres breves jornadas.

IV

La sumisión y la tranquilidad de los indios fué todo cuestión de apariencia. — En su cobardía innata de seres inferiores, no se atrevían á resistir á los hombres blancos; pero sí á engañarlos. El camino hasta Temastepec era muy largo y muy penoso, más, aún sin conocerlo, como le pasaba á la gente de Cortés, pues los indios guías, aprovechando la obscuridad de la noche, los dejaron abandonados á sus propios esfuerzos y sin esperanzas de auxilio. — Almas acostumbradas al peligro y al sufrimiento, no se alteraron por aquella contrariedad; siguieron su camino, pasando no lejos de las célebres ruinas del Palenque, hermoso monumento, obra de los primitivos pueblos toleicos, prodigio de arte grandioso que pregona el grado de adelanto que habían alcanzado aquellas razas. (6)—

(6) “Por ejemplo la pirámide que sirve de cimiento al llamado gran Palacio del Palenque, mide 13 metros de elevación y 103 de largo en su base por 85 de ancho. Este grandioso edificio, que camina á la ruina total á paso de carga, es un verdadero laberinto de casas grandes y pequeñas, con hermosas galerías, corredores de columnatas, pórticos, patios y magníficas escaleras.”
AMÉRICA por *Rodolfo Cronau*. T. I, página 98.

Esta construcción religiosa, probablemente, (7) está perdida en medio de áspera é impenetrable selva; razón por la cual no la vieron los españoles, quienes tampoco hubieran hecho caso de ella. En su sed de riquezas y conquistas, no tenían ojos, sino para ver los fértiles campos y las ricas vetas.

Conforme á lo anunciado por los indios de Iztapán, en el camino se encontró Cortés con un caudaloso y turbulento río, que parecía de todo punto infranqueable, pues no se hallaron las canoas ofrecidas por los naturales, ni había otro medio para cruzarlo que la construcción de un puente, lo que también parecía imposible. Un momento estuvo el Conquistador viendo correr las ondas cristalinas en su paso eterno y los árboles inclinándose sobre las aguas y retratándose en sus movibles espejos; después tomó su determinación: se haría el puente. Tres días y tres noches se trabajó en construirlo. Los indios mexicanos, los soldados y los capitanes españoles, el médico, el volatinero, los músicos y hasta los frailes, todos, sin excepción, se consagraron al trabajo, hasta que, ultimada la obra, pasaron á la opuesta ribera.

(7) "En el Palenque no tan sólo no hay el más leve indicio que recuerde el instinto guerrero de aquellos pueblos, sino que, por el contrario, el carácter sagrado del lugar resalta en las numerosas pinturas, cuyas figuras en su mayoría llevan ofrendas en las manos."

Entre tanto las provisiones se habían acabado. El hambre, las fatigas, el sol tropical, tenían agotada, rendida á la infeliz gente de la heroica expedición. Caminaban,—no conociendo las veredas,—por en medio de bosques espesos jamás visitados por los europeos. Rompiendo gruesos troncos, formidables ramas, desgarrando tupidos matorrales, se abrían camino. Como bestias montaraces se alimentaban de hierbas (8) y no tenían esperanzas de salir de aquel laberinto. Después de cruzado el río emprendieron la marcha y tras mucho andar,—dos días enteros,—volvieron á caer en las márgenes del río. Tres veces repitieron igual operación con idéntico resultado.—Estaban perdidos en el corazón mismo de la intrincada selva. En vano subían á las copas de los más altos árboles, ansiosos por descubrir indicios de vida en alguna parte: el techo pajizo de un rancho, una columna de humo, un cuadro de terreno desmontado. Inútiles esfuerzos. Por doquier se extendía un mar de verdura, compuesto de espesa fronda. Hubiérase dicho que aquella selva no tenía límites, como el espacio. Al igual que la gente de Colón en pleno mar, la de Cortés en pleno

(8) "... y se sustentaban con hierbas y raíces no conocidas, entre las cuales dieron con la raíz venenosa de una planta llamada *Quequexque*, tan activa que abrasa toda la boca, los labios y la lengua."

Isagoge Histórico Apologético de todas las Indias. Libro II, capítulo VII, página 375.

bosque, murmuraba enfurecida, amenazando con matar á su Jefe si no les hacía volver al momento á México.

Cortés entre tanto permanecía sereno. Conocía el peligro, pero no le amedrentaban las amenazas: estaba, como todo el que ha realizado heroicas empresas, acostumbrado á los clamores de los subalternos. Los oía sin miedo y los apagaba con valor. Tomó el plano que le habían obsequiado los indios, y auxiliado por una brújula, que siempre llevaba, se consagró con toda la energía de su férrea voluntad á buscar el camino, hasta que creyó haber dado con él y ordenó la marcha. No estaba dispuesto á cambiar de itinerario. -- Llegarían á Honduras ó perecerían en aquel rincón ignorado del mundo.

V

En el seno de la áspera montaña por que atravesaban tuvo lugar un suceso verdaderamente horrible. Los indios mexicanos de Michoacan se apoderaron de varios naturales de los pueblos visitados, les dieron muerte y después los devoraron. Todos los cronistas é historiadores que de este acto salvajísimo se ocupan, están acordes en creer que fué el hambre la que los impulsó á tal monstruosidad; que obedecieron al instinto de conservación, á las terribles órdenes de la naturaleza hostigada por la necesidad. Sin embargo, es de sospecharse que no fué éste el único mó-

vil que los indujo. Los indios mexicanos no eran lo que propiamente se denomina con el nombre de antropófagos. Su antropofagia era litúrgica únicamente. (1) Esto hace creer que tan horrible crimen fué producto de las ideas religiosas que en el fondo profesaban, aunque, en apariencia hubiesen abrazado el cristianismo. Más desgraciados que los españoles porque al hambre y á la fatiga unían la esclavitud y el cautiverio, en tan afflictivos instantes, como todas las almas creyentes, debieron volverse á sus dioses para demandarles amparo, y conforme á sus ritos, con el fin de aplacarlos, y que atendiesen mejor sus rogativas, dispusieron sacrificios, ó envío de mensajeros, devorándō á las víctimas después de sacrificadas, como era costumbre. Confirma nuestra hipótesis el que solamen-

(1) “Fuera de las víctimas inmoladas, nunca los mexicanos comieron la carne humana, ni aún en los casos de máyor apuro. He aquí la prueba. Bajo el reinado de Motecuhzoma Ilhuicamina sobrevino un hambre; el pueblo necesitado devoró plantas y raíces; se alimentó de los animales más inmundos; vendieron sus hijos á cambio de maíz á los mercaderes cuextecas y se vendían á sí propios; emigraron á tierras lejanas, quedando muchos muertos por campos y caminos; durante tamaño apuro no se registra en los anales de ese pueblo afligido que se comieran unos á otros, no ya dando á otro la muerte cuando vivía; pero ni aún aprovechando los despojos de los muertos” Historia Antigua y de la conquista de México.—Manuel Orozco y Berna.—Tom I.—Cap. IX.—Lib. segundo.—Pág. 200.—Lo mismo pudo verse en el sitio de Tenochtitlan y los españoles fueron testigos de ello.

te entre los caciques fué repartida la carne del odioso festín (2) y que sólo ellos dispusieron y lo arreglaron todo. Posible es por lo mismo que no sólo el Dios de los cristianos haya recibido ofrendas en aquel viaje; el sol también debe haber acariciado con sus rayos tibios los corazones aún palpitantes de las víctimas consagradas á su culto.

VI

Los esfuerzos de Cortés para llegar á Temastepec no fueron vanos. Mandó al piloto Pedro López que abriendo camino se dirigiese siempre con rumbo al Oriente. En esta avanzada iba el insigne Bernal Díaz del Castillo, quien como buen observador y hombre avesado á las dificultades de la conquista, no podía dejar pasar ningún indicio favorable. Descubrieron unos palos cortados y luego una pequeña vereda, y el futuro historiador mandó aviso á Cortés. La gente de la expedición se llenó de alborozo con la noticia y trataron de llegar pronto al lugar deseado.

(2) “. . . pareció ser que ciertos *caciques* de México apañaron á dos ó tres indios de los pueblos que dejamos atrás, y traíanlos escondidos con sus cargas, á manera y traje como ellos, y con la hambre en el camino los mataron y asaron, en hornos que para ello hicieron debajo de tierra y con piedras, como en su tiempo lo solían hacer en México, y se los comieron”. —Bernal Díaz del Castillo.— Historia verdadera de la conquista de la Nueva España.—Cap. CLXXV.

Después de cruzar varias ciénagas y un río, llegaron al fin al pueblo de Temastepec, que estaba desierto, pero muy bien provisto, como si se esperase la llegada de una gran comitiva. Pavos silvestres, maíz, frijoles, legumbres, forrajes, de todo se encontraba allí, pudiendo los rendidos viajeros y los moribundos caballos reparar sus fuerzas. El camino de la selva quedaba sembrado de cadáveres ó de agonizantes. Doce españoles y muchos indios hallaron tumba en la selva; otros, faltos de fuerza, próximos á morir, se quedaron abandonados, para ser pasto de las fieras ó víctimas de la necesidad. El volatinero y cuatro músicos entre otros durmieron el gran sueño bajo la tierra inhollada del bosque. Un músico sobrevivía únicamente, al cual Cortés obligaba á tocar su dulzaina, siendo los acordes de su instrumento, en medio de tanta desgracia, motivos de pena y nunca de alegría.

En el pueblo de Temastepec vino á enterarse Cortés del terrible crimen antropofágico cometido en la selva. Su indignación llegó al colmo y trató al punto de castigar á los culpables. Eran estos muchos y fué preciso, contra justicia, castigar en uno las faltas de todos. Riñóles lleno de ira y los amenazó con la muerte; pero pretextando que sólo en uno conocía la falta positivamente, dió orden de quemarle. Se levantó una gran hoguera, se ató sobre ella al infeliz condenado y se reunió á toda

la gente para que presenciase la ejecución. Entonces un fraile franciscano ocupó improvisada tribuna, y predicó *cosas muy santas y buenas* (3). Después la hoguera ardió y el infeliz que era tan culpable como los demás, quedó reducido á cenizas. La justicia humana lleva hasta las soledades de la selva sus iniquidades y sus abusos.

VII

La circunstancia de encontrar desierto el pueblo de Temastepec era un nuevo contratiempo para la famosa expedición del Conquistador de México. Aprovecháronse los hambrientos viajeros de los víveres, y los caballos, de los forrajes. Cortés, entre tanto, mandó por los montes á buscar á los naturales de Temastepec. No fué poco el trabajo que costó encontrarlos, tan escondidos estaban; solamente á fuerza de rastrearlos (4), fué que se pudo dar con unos cuantos, toda gente principal en el estado ó en la iglesia (5).

(3) Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.—Cap. CLXXII.

(4) “Fué necesario rastrearlos como los animales que no dejan señal, ni vereda por los montes.—Isa-goge Histórico Apologético General de todas las Indias.—Lib. II.—Cap. VII.—Pág. 376.

(5) “Vinieron sobre treinta de ellos y todos los más Caciques y Papas” Es de suponer que se refiere á sacerdotes.—Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.—Cap. CLXXV.

Cortés habló con ellos por intermedio de doña Marina y tan persuasivas fueron sus palabras que los indios trajeron al momento mucho maíz, gallinas y otros bastimentos. También indicaron á Cortés el camino que debía seguir hasta *Ziguatopeque*, pueblo distante como á unas dieciséis leguas, y le dieron veinte indios guías y canoas para cruzar un río que se encontraba en el camino.

De nuevo el ejército, ya fortalecido con el descanso y el alimento, se puso en marcha hacia Ziguatopeque, donde, gracias á previo aviso, fueron recibidos muy cariñosamente, correspondiendo Cortés con agasajos y obsequios de cosas que traía de Castilla y que eran el encanto de los naturales: espejos, collares de cuentas, cascabeles y otros cachibaches; todo lo que hacía el deleite de aquellos inocentes y primitivos habitantes de los bosques.

La ruta seguida por la expedición hasta este lugar dejaba huella: en la corteza de todos los árboles y en especial en la de las ceibas, como para que estos grandes troncos guardaran tan grandes recuerdos, se grababan con la punta de los aceros estas palabras: "*Por aquí pasó Cortés*" (6).

(6) "Y en especial en las cortezas de las ceibas en las cuales escribían estas palabras: *Por aquí pasó Cortés*".—Isagoge Histórico Apologético General de todas las Indias.—Lib. II.—Cap. VII.—Pág. 378,

SEGUNDA PARTE

En Ziguatopeque fué Cortés recibido, como antes dijimos, bondadosamente por los indios que ya estaban enterados de su llegada y trató al punto de averiguar el lugar preciso en que se encontraban y la ruta que debían seguir. Supo por ellos que no lejos de aquel lugar pasaba un grande y caudaloso río que iba á desembocar al mar, atravesando antes por una pequeña población llamada Gueyatasta y poco después por otra muy grande de nombre Xicalango. Cortés antes de salir de México había ordenado que zarparan de Veracruz dos embarcaciones cargadas de vituallas á fin de que fueran costeano hasta llegar á las Hibueras, donde debían encontrarse con él. Mandaba estas embarcaciones el capitán Simón de Cuenca.

Cuando Cortés supo que aquel gran río iba á desembocar á la costa, pensó en mandar á recoger á dichas embarcaciones, si era posible verlas, algunos víveres de los que tanta falta les hacían. En un momento de irreflexión se le ocurrió que fuese con tal objeto el Capitán Francisco de Medina, quien debía después de cumplir su comisión, compartir el mando de los navíos con el citado Cuenca.

Río abajo partió Francisco de Medina y en Xicalango se encontró con las embarcaciones salidas de Veracruz y entregó á su comandante las cartas de Cortés. Tan pronto como Simón de Cuenca se enteró de su contenido entró en una disputa de palabras descompuestas con el enviado y de tal modo fueron agriándose los ánimos que los dos capitanes concluyeron por desenvainar sus espadas y emprender singular combate. Tanto la gente venida de tierra, como la que tripulaba los navíos, se dividió en dos bandos, y el torneo acabó por convertirse en una batalla tan sangrienta y encarnizada que de los combatientes sólo siete quedaron en pie y éstos maltrechos, heridos y cansados. Los indios de Xicalango y de Guayatasta que hasta aquel momento no habían actuado sino como espectadores, enardecidos en sus salvajes instintos por el coraje de los combatientes y deseando aprovechar la ocasión se arrojaron sobre aquellos infelices, les dieron muerte y después incendiaron las embarcaciones. Mientras tanto Cortés, ajeno de lo sucedido, esperaba en Ziguatepeque el resultado de aquella funesta comisión, cuyo triste fin no llegó á saberse sino después de dos años. (1)

(1) “Y acabáronlos de matar á todos y quemaron los navíos que nunca supimos cosa alguna de ellos, hasta de allí á dos años y medio”.—(Bernal Díaz del Castillo).—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.—Cap. CLXXVI.

II

Aburrido de esperar el Conquistador y deseoso de proseguir la marcha, mandó á dos de sus soldados (2) para que inspeccionasen el camino en el cual debían encontrar, según indicación de los indios, dos ríos, uno de ellos muy hondo y muy ancho (3) y varias ciénagas de difícil y peligroso paso.

Volvieron los comisionados sin más noticia que la de que por medio de un puente era fácil cruzar el gran río; mandó Cortés que se adelantase Bernal Díaz acompañado de Gonzalo de Mejía, al próximo pueblo de Acalá, á fin de que les preparasen provisiones para la expedición y él pensó en quedarse en Ziguatopeque lo cual no pudo hacer porque los indios de este lugar llegada la noche huyeron todos dejando á Cortés sin elementos de vida ni esperanza de encontrarlos. Entonces tuvo que emprender la marcha y después de dos jornadas llegó á las márgenes del gran río anunciado por los indios y visto ya por Rivera y por García.

Al momento se comenzó el puente. Mandó Cortés derrivar más de mil árboles, y seis días se tardaron trabajando, con más

(2) Martín García y Pedro de Rivera.—Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.—Cap. CLXXVI.

(3) “Un ancho río—probablemente el actual Umacinta”.—Cronau-América.—Tom. II.—Pág. 168.

actividad que nunca, en construir la famosa obra que fué pasmo y asombro de los indios de Acalá cuando llegaron á verla. (4)

Antes que el puente se habían concluído los escasísimos víveres que sacaron de Zigutepeque; así es que aquellas gentes que acababan de realizar un trabajo ciclópeo, estaban aniquiladas, casi moribundas, resultándoles inútil el puente, porque si bien podían salvar el río, no tenían vigor ni aliento para proseguir el camino.

Felizmente para ellos al anochecer del día en que ultimaron su ardua tarea, apareció Bernal Díaz del Castillo con ciento treinta cargas de maíz y ochenta gallinas, frijoles, miel y frutas, poco por cierto para tal muchedumbre hambrienta y desesperada, que cuando le vió venir se arrojó sobre las provisiones con turia de bestias, sin a-

(4) “Cortés mandó derribar 1000 árboles y hacer con sus troncos vigas de más de veinte metros de largo, y del grueso del cuerpo de un hombre. Estas fueron trasladadas con ayuda de primitivas balsas, al lugar de su destino, encuadradas en el lecho del río y unidas unas á otras por medio de lianas y travesaños”.—Cronau-América.—Tom. II.—Pag. 168.—“Siendo de grande importancia la industria y ánimo que Hernán Cortés daba á la gente: cuyo ejemplo era cosa maravillosa de ver la voluntad con que la gente seguía”.—Historia de las Indias Occid.—Dec. III.—Lib. VI.—Cap. XII.

catar orden alguna y sin dejar nada para Cortés y sus capitanes. (5)

III

Enojado Cortés, por tales desórdenes, trató en el primer momento, de castigar á su indisciplinada gente; pero pronto comprendió que todo era inútil; tenían razón en lo que habían hecho aquellos desgraciados! Sobre todo calmóse al saber que Bernal Díaz había dejado reservado en el monte para él y los suyos, doce cargas de maíz, veinte gallinas, tres cargas de miel, frijoles y sal.

Casi humilde entonces, (6) suplicó al futuro historiador que le hiciera partícipe de aquella reserva, porque él y su amigo Sandoval no estaban menos hambrientos

(5) “Que no dejaron á Cortés ni á ningún capitán, ni á Sandoval, cosa ninguna, con dar voces: ¡Dejadlo que es para el Capitán Cortés! Y asimismo su mayordomo Carranza—que así se llamaba—y el despensero Guinea daban voces, y se abrazaban con el maíz, que les dejasen siquiera una carga”. - Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.—Cap. CLXXVI.

(6) “Y me dijo: oh señor hermano Bernal Díaz del Castillo, por amor de mí, que si dejaste algo escondido en el camino que partais con mígo, que bien creído tengo de vuestra buena diligencia que traerías para vos y para vuestro amigo Sandoval”. —Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España. Cap. CLXXVI.

y desesperados que el resto de los que componían la infortunada expedición.

Gustoso accedió Castillo, y aprovechando las altas horas de la noche, cuando todos reposaban, para impedir así nuevos desmanes y acaso atropellos, fueron á recoger las citadas provisiones con las cuales lograron calmar, en parte, la necesidad que los atormentaba.

IV

A la mañana siguiente prosiguieron su marcha satisfechos de haber podido traspasar río tan caudaloso; pero apenas habían caminado cosa de una legua cuando dieron con una ciénaga que ofrecía, para atravesarla, más dificultades que el mismo río. Hundíanse en ella los caballos, hasta quedar cubiertos por el turbio lécgamo. Inútil era arrojar ramas y troncos y aún poner sostenes á los mismos caballos: el resultado era siempre el mismo, y parecían amenazados de perder uno de los auxiliares más poderosos de aquella expedición: la caballería. (7) Los peones, entre tan-

(7) No duró la alegría que todos llevaban por haber pasado á salvo aquel estero, luego toparon una ciénaga muy espantosa, aunque no muy ancha, donde los caballos, quitadas las sillas se sumían hasta las orejas y cuanto más forcejeaban más se hundían, de manera que allí se perdió la esperanza de salvar caballo ninguno.—Francisco López de Gomara.—Crónica general de las Indias.—Cap: *De los puentes que hizo Cortés.*

to, no descansaban, iban de una á otra parte de la ciénaga, y tanto fué su tragín, que el lodo se disolvió en el agua y se formó un callejón de un caldo fangoso por donde pudieron los caballos pasar medio á nado no sin llegar á la otra parte tan muertos de fatiga y extenuación que temblaban y á penas acertaban á tenerse en pie. A fin de que se repusieran y para que los expedicionarios se alimentasen, el Conquistador dispuso, que Bernal Díaz se adelantase á Alcalá de donde les llegaron cien cargas de maíz que Cortés y sus Capitanes, más previsores que la vez anterior, salieron á recibir al camino é hicieron la repartición de ellas con el mayor orden y equidad. Esta providencia nos hace comprender cual sería el triste estado de aquellos infelices á quienes la necesidad y los sufrimientos habían hecho tan indisciplinados como para que Cortés, el hombre temido, que infundía respeto con sólo su presencia, tuviese que recurrir á tal medida con el fin de evitar nuevos desmanes de la soldadesca.

V

Tras un día y medio de marcha, llegó el ejército á Guey-Acalá, donde fueron muy bien recibidos por los indios. Los Caciques y grandes señores, acercáronse á dar la bienvenida á Cortés trayéndole en prueba de amistad no sólo algún bastimento sino, algunas importantes noticias, como

la de que, á ocho jornadas de allí, había hombres blancos y barbados, mujeres de Castilla, caballos y tres embarcaciones, y con el fin de facilitar la marcha al gran Capitán y á su expedición, mostráronle mantas en que se hallaba pintado el camino con sus ríos y ciénagas, montes y montañas. Cortés no correspondió con menos amabilidad á sus visitantes y después de agasajarlos con cosas de España, rogóles que, pues eran tantos, le pusieran puentes ó le dieran canoas para cruzar los ríos. Pero aquellos mandarines, á quienes el nombre de Caciques, como hoy se entiende, cuadra muy mal, le manifestaron que no podían obedecerle, porque sus gobernados no les obedecían á ellos y más bien les hacian daño (8) y le rogaron que él valido de los suyos, los pusiera en orden y los obligara á que fueran más sumisos y bien mandados. Aprovechóse Cortés del requerimiento de los indios y mandó á los pueblos circunvecinos ochenta soldados á las órdenes de Diego de Mazarriegos y bajo la dirección de Bernal Díaz del Castillo en solicitud de víveres y de cooperación para los trabajos que debían realizar. Los resultados fueron admirables, volviendo la comisión al cuartel general con cien canoas cargadas de maíz,

(8) “ Adviértase bien esto, para que se vea, que tales son los Caciques y señores de éstos bárbaros, que no tienen potestad para mandar á sus súbditos, y que cuando el súbdito quiere, le da de palos á su Cacique ” Ysagoge histórico apologético general de todas las Indias.—Lib. II.—Cap. VIII.

muchas gallinas, sal, miel é infinitas cosas con que pudieron pasar á todo gusto y satisfacción cuatro días recordando sus penalidades y recuperando sus fuerzas perdidas.

Más tiempo acaso hubieran permanecido en este lugar, pues se encontraban muy necesitados de reposo; pero los indios que talvez no podían seguir abasteciendo tan grande ejército y que tenían sin duda, como dice un historiador, que siendo tan poderoso el que les rogaba hoy como de gracia, se los mandaría mañana por fuerza, dispusieron huirse dejando apenas tres guías á fin de que los expedicionarios no tuvieran ni el pretexto de ignorar el camino para dejar el pueblo como ellos tanto lo deseaban. En tal situación no le quedó á Cortés más recurso que proseguir el viaje y dirigirse á otro de los veinte pueblos que formaban el Guey-Acalá, cuyo nombre era Tizapetl, donde por cierto lo esperaban con mucha comida y granos, hierba y hasta rosas silvestres para los caballos.

VI

Aquí tuvo Cortés noticia de Apohpá-lón, grande y poderoso comerciante que habitaba en Izancanac y tenía comercio por todos aquellos lugares desde México hasta Honduras siendo conocido en todas partes por sus casi fabulosas riquezas. Pudo en Tizapetl Cortés, travar conoci-

miento con un hijo del célebre Apohpalón quien le dijo que su padre había muerto, lo cual el Capitán no creyó, pues tres días antes había recibido grandes obsequios del Creso de aquellas regiones. Hizo pues, cuanto á su alcance estuvo para obtener del joven la verdad, y con el objeto de halagarlo quitóse un collar de cuentas de Flandes que llevaba al cuello y se lo obsequió. (9)

Seducido el mancebo por tanta amabilidad, confesó al fin que su padre vivía y se decidió, por instancias del Conquistador, á ir en busca de él, para traerlo á la presencia de aquellos hombres que tan gran terror les inspiraban. En efecto, dos días después, Cortés y Apohpalón se encontraron en Teuticaccac.

Con grandes agazajos fué recibido el comerciante, al cual hasta se le dió un caballo para que fuese á la par del Jefe expedicionario. Montó en él Apohpalón, no sin gran miedo y embarazo, hasta el punto de que estuvo á pique de caer en los primeros momentos, y se pusieron en marcha para Izancanac, donde el acaudalado propietario se portó de acuerdo con la gran fama de que se hallaba precedido, alojando á Cortés y á todos los españoles en un suntuoso palacio y, en otro á los indios me-

(9) “Y le dí un collar que yo tenía al cuello de cuentas de Flandes, que estimo en mucho.—Cortés.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

xicanos y tratando á unos y á otros, según su rango, con la esplendidez de un soberano. (10)

-
- (10) Algunos han puesto en duda la existencia de este personaje, por no hacer mención de él, Bernal Díaz del Castillo, testigo ocular de cuanto sucedió en aquella penosa expedición, sin embargo otros varios historiadores y el mismo Cortés se ocupan de él y hasta enumeran la forma y objetos de su comercio. “Acostumbran á lo que dicen en aquella tierra de Acalán, hacer señor al más acaudalado mercader, y por eso lo era Apohpalón, que tenía grandísimo trato por tierra; de algodón, cacao, esclavos, sal, oro aunque poco y mezclado con cobre y con otras cosas; de caracoles colorados, con que atavían sus personas y sus ídolos, de recina y otros sahumerios para los templos, de teda para alumbrarse, de colores y tintas conque se pintan para las guerras y fiestas, y se tiñen para la defensa del calor y frío, y de otras muchas mercaderías que ellos estiman y han menester; y así tenía en muchos pueblos de ferias, como era Nito, fator y barrio por sí, poblado por sus vasallos y criados tratantes.—Francisco López de Gomara.—Crónica General de las Indias.—Conquista de México. Cap: *De Apohpalón señor de Izancanac.*
-

TERCERA PARTE



I

Entre las personas de alto abolengo mexicano que llevaba Cortés en calidad de prisioneros, se encontraban Tetepanquetzal, Señor de Tacuba; Tlacatec, Señor de Tatetulco; Couanacochocin, Señor de Texcuco y Cuauhtemotzin, último Emperador de los aztecas, célebre en la historia por su acendrado patriotismo, luchador heroico en el terrible sitio de Tenochtitlán donde peleó con sublime desesperación contra los hombres que venían armados del rayo, como los indios solían decir al ver los disparos de las armas de fuego.

II

Cuauhtemotzin, que quiere decir, águila que descendió (1) parece un verdadero símbolo de la vida de este Monarca. Ni sus grandes esfuerzos, ni su prestigio, ni su audacia pudieron impedir que fuese vencido y cayese prisionero en manos de los españoles. El descenso de esta gran águila comenzó con la victoria de las armas castellanas y la rendición de la ciudad

(1) Manuel Orozco y Berra.—Historia antigua y de la Conquista de México.—Tom. IV.—Lib. III.—Cap. I.—Pág. 495.

capital del gran Imperio, que fué de Montezuma, la cual heroica población arrió sus banderas después de un sitio que merece lugar preferente en la historia, por las penalidades y tormentos que sufrieron los sitiados antes de inclinar la cerviz ante el pendón de Castilla. (2)

Prisioneros en esta jornada Cuanhtemotzin, Tlacatlec, Couanacochcin y Tetepanquetzal fueron llevados á la presencia de Cortés y entonces el joven y valiente Emperador cautivo, (3) se expresó de esta manera: “señor Malinche: he cumplido con lo que estaba obligado con mi ciudad y vasallos; no puedo más, y pues vengo por fuerza y preso ante tu persona y poder, haz de mí lo que te plazca (y poniendo su mano sobre el puñal que Cortés llevaba al cinto, añadió): toma, pues, este puñal y mátame luego con él”. (4)

Según parece el conquistador recibió cariñosamente á Cuauhtemotzin y sus com-

(2) Consumidas las provisiones comieron las hojas y las cortezas de los árboles; escarvaron la tierra para sacar las raíces; agotaron las sabandijas en la tierra y en el agua de la ciudad: murieron de hambre y no tocaron los cuerpos de los suyos.—Manuel Orozco y Berra.—Historia antigua y de la Conquista de México.—Tom. I.—Lib. I.—Pág. 200.

(3) “Mancebo de hasta veinticinco años, bien gentil hombre para ser indio y muy esforzado.—Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de Nueva España.—Cap. CXXX.

(4) Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.—Cap. CVII.

pañeros, así como á la reina Tecuichpó, hija de Montezuma y esposa que fué de Cuauhtemotzin cuando perdió á su primer marido Cuitlahuac. A pesar de la buena recepción, más tarde condenó al ex-Emperador y al señor de Tacuba (5) á horribles tormentos á fin de arrancarles el secreto de donde guardaban su oro, y los obligó tiempo después á emprender el viaje penoso de México á Honduras.

III

Inútil es ponderar los sufrimientos físicos y morales que debieron agobiar al Príncipe y á sus ilustres compañeros durante tan larga expedición. Ellos acostumbrados al regalo y al contento, vense condenados á fuertes trabajos y grandes privaciones; ellos, libres como las aves de sus bosques y las cintas plateadas de sus ríos, sometidos al cautiverio más espantoso; ellos, en fin, amos y señores, acostum-

(5) Muchos historiadores están acordes en creer que Tetepanquetzal murió á consecuencia del tormento, sin embargo parece no ser así, pues Gomara, Bernal Díaz del Castillo y el mismo Cortés dan por hecho que fué ahorcado con Cuauhtemotzin, como se verá en el texto más adelante.—Historia General de las Indias.—Conquista de México.—Cartas y relaciones al Emperador Carlos V.—Carta quinta Colección. Gayangos.

brados al mando y á imponer la obediencia, reducidos á la esclavitud.

¡ Cuántas veces en medio de la soledad de aquellas selvas, debieron llorar con la angustia de su patriotismo herido, con el dolor de su fe ultrajada, tristes y abrumados en su desesperación, sin poder contar con sus antiguos vasallos para defenderse y quebrantar el yugo, ni poder incensar á sus dioses para demandarles alivio y consuelo. En uno de estos momentos aciagos, como una hermosa perspectiva irrealizable, debieron, hablando de sus tormentos, medir la remota posibilidad que aún les quedaba de romper sus cadenas, dando muerte á Cortés y á sus compañeros en medio de aquellas soledades y con el auxilio de alguno de los muchos obstáculos como oponían á los españoles, las vírgenes tierras centroamericanas, que parecían negarse con todo el vigor de la naturaleza tropical á sufrir la violación de las plantas extranjeras.

Tales desahogos y tales proyectos que en el fondo de sus propias almas debieron tenerlos como sueños imposibles, dado el influjo casi sobrenatural que los castellanos ejercían en el ánimo medroso de los indios, eran dulces idealidades que se comunicaban entre sí, ajenos de sospechar, siquiera, que entre sus mismos compatriotas se hallaban los judas que debían venderlos. Tres mexicanos, uno de ellos que había sido, por cierto, Capitán general de Cuauhtemotzín, fueron ante Cortés á hacerle pre-

sentés, como planes viables, las conversaciones de los linajudos prisioneros. (6)

IV

Ordenó Cortés inmediatamente la separación é incomunicación de los denunciados, y él, por sí mismo, pasó á tomarles declaraciones. Valido de un engaño, prestando con cada reo que todo lo sabía por confesión de los otros, logró ponerse fácilmente al tanto de la verdad. Tal artimaña no fué preciso usarla con Cuauhtemotzín, quien desde las primeras preguntas del Conquistador, respondió con lealtad y franqueza que en efecto se había conversado entre los señores de México algo sobre sublevación é intentona de recobrar su perdida libertad; que él había oído la conversación, pero no tomando, absolutamente parte, en ella. Sin meterse á inquirir nuevos datos, el caudillo español tomó al punto una determinación violenta é impropia de su hidalguía y de la bien probada entereza de su ánimo. Como si temiera algo grave de aquellos infelices que apenas podían en el largo camino, con el

(6) A un Tapia y un Juan Velázquez hace culpables de tal delación Bernal Díaz del Castillo, sin embargo Cortés en su carta al Emperador anteriormente citada, no hace mención sino de un tal Cristóbal, que antes de ser cristiano se llamó Mexicalcingo. La misma referencia hace Gomara diciendo que éste entregó al Conquistador *un papel con la figura y nombres de los señores que le urdian la muerte.*

peso de la cruz que sobre sus hombros pusieran los conquistadores, determinó deshacerse de ellos, castigándoles con la muerte. Ordenó que fuesen ahorcados el Emperador de México y Tetepanquetzal, Señor de Tacuba: cumpliéndose la bárbara sentencia por carnes tolendas del año de 1525. (7)

Ante todo el ejército fueron conducidos los condenados al pie de la ceiba que debía servirles de cadalso; los acompañaban los frailes franciscanos y mercedarios, quienes, por mediación de D^a Marina, amonestaban á los grandes señores para que murieran en la fe de Cristo. Cuando llegaron bajo el árbol fatídico Cuauhtemotzín, clavando en Cortés una mirada de profundo reproche, le dijo: “días había que yo tenía entendido y había conocido tus falsas palabras; que esta muerte me habías de dar, pues yo no me la dí cuando me entregué en mi ciudad de México ¿Por qué me matas sin justicia? ! Dios te lo demande;” Pronunciadas que fueron estas palabras, el señor de Tacuba, fiel siempre á su Emperador agregó con acento firme: “Yo de mí, se decir, que doy por bien em-

(7) Bernal Díaz del Castillo da cuenta solamente de dos: Cuanhitemotzín y el señor de Tacuba; y Cortés en su carta quinta al Emperador hace lo mismo. Otros autores elevan el número de los condenados, á ocho, y algunos como Gomara citan tres. Sea como sea, lo verdaderamente importante de esta determinación está en la muerte del gran príncipe Mexicano.

pleada esta muerte, que me permite acabar al lado de mi rey". Después fray Juan el mercedario los confesó y sin pérdida de tiempo cumplióse la terrible ejecución que ha hecho exclamar á uno de nuestros historiadores: " ! Del madero en que por una fatal hora estuvo pendiente Cuanhtemotzín, penderá por todos los futuros siglos, en el juicio de los hombres, la opinión de Cortés " (8)

No menos severo es Bernal Díaz del Castillo á pesar del acendrado cariño y profundo respeto que profesaba al Conquistador. Imparcial como lo es siempre, no puede menos de exclamar al referir este infausto suceso: " é fué esta muerte que les dieron muy injustamente dada, y pareció mal á todos los que íbamos en aquella jornada. " (9)

Inútil es que otros historiadores traten de absolverlo; (10) la propia conciencia de aquel hombre insigne fué la primera en acusarle por haber quitado la vida á seres indefensos que se hallaban lejos de su patria, y bajo su guardia y tutela. Tanto, es esto verdad, que la noche que siguió á la cruel ejecución, mientras todos

(8) Isagogue Histórico Apologético General de todas las Indias. — Lib. II. — Cap. IX. — Pág. — 389.

(9) Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España. — Cap. — CLXXVII.

(10) Solís. — Vía Gutiérrez. — Gomara. Herrera, — etc.

dormían y reposaban de las fatigas del viaje, á Cortés no le era dado conciliar el sueño. De uno á otro extremo del templo en que se habían alojado en el pueblo de Mazatlán, paseábase febril y nervioso, llevando presente en su imaginación la figura del ilustre defensor de Tenochtitlán. Veíale, sin duda, altivo y enérgico en el combate; temido de los suyos por su brazo de hierro, y de los contrarios por su coraje de león. No debió apartarse de su vista el joven guerrero, último representante de los soberbios Emperadores aztecas, que, obligado por él, cambió el cetro por el báculo de peregrino, para ir en seguimiento de sus vencedores, por ásperas montañas y elevadas pendientes. En aquella hora de extraña clarividencia, debió comprender el Conquistador cuánto más grande hubiera sido, para su gloria, el haber dado muerte á Cuauhtemotzín cuando se rindió,—ya que no pensaba perdonarle del todo, lo cual hubiera sido más grande todavía,—en vez de condenarlo al martirio de San Lorenzo primero, y al del Judío Errante después, para concluir por darle muerte en apartado sitio, donde sus cenizas no podían reposar bajo la tierra que cubría la de sus antepasados, y que aún se hallaba, en aquel momento, húmeda por la sangre de sus compatriotas.

Tanta fué la exaltación de Cortés aquella noche, que atormentado por sus

tristes y roedores pensamientos (II) no tenía ojos ni para ver el suelo que pisaba, de tal modo que en uno de sus agitados paseos, puso un pie en falso y rodó de cuatro varas de altura sufriendo dolorosas contusiones. ¡Ay! esta noche aciaga, sólo puede compararse á la otra, en que el ilustre conquistador de México lloró triste al pie del ahuehuetle. En una vertió sus lágrimas al creer perdidas para siempre sus ilusiones de gloria y dominio; en la otra, las vertió viendo que las sombras de un crimen, como una mariposa negra sobre un lirio, venían á eclipsar en parte, esa gloria después de tantos esfuerzos y con tantos heroismos conquistada!

(II) “é como había mandado ahorcar á Guatemuz, é su primo el señor de Tacuba, sin tener justicia para ello, é había cada día hambre é que adolecían españoles é morían muchos mexicanos, pareció ser que de noche no reposaba de pensar en ello”.—Bernal Díaz del Castillo.—Historia verdadera de la Conquista de la Nueva España.—Cap. CLXXVII.—El insigne é imparcial escritor español don Francisco Pi y Margal en un folleto publicado el año 1899 con el título de Guatmozin y Hernán Cortés.—Diálogos.—“Obra imaginativa en la forma pero rigurosamente histórica en los hechos que relata dice refiriéndose á este asunto: ¿Os pesa de mi muerte? pregunta Guatthemocin, y responde Cortés,—De la vuestra y de la del rey de Tacuba. Ni los míos las aprobaron! Ay! no tardó en nacer el remordimiento. ¡Que de ensonnios pasé! La caída que no lejos de allí tuve fué debida á la turbación de mi ánimo.

CUARTA PARTE



I

La horrible muerte de Cuauhtemotzín, que llenó de pánico á los mexicanos, también sobrecogió el alma de los españoles, que temían de un momento á otro ser asesinados por los súbditos del infeliz ex-Emperador muerto. Ese temor era infundado. Los pobres aztecos iban enfermos y debilitados por los rigores del camino y del trabajo y además llenos de miedo, pues creían que Cortés por medio de la brújula podía leer hasta sus más recónditos pensamientos, (1) y que esta era quien le había revelado la conversación de los ilustres prisioneros, que pagaron con su vida el crimen de comunicarse sus ideas. Cabisbajos y tristes conquistadores y con-

(1) “y aun á mí me han dicho algunos de ellos, queriéndome hacer cierto que tienen buena voluntad, que para que conozca su buenas intenciones, que me rogaban mucho que mirase el espejo (brújula) y la carta, y que allí vería como ellos me tenían buena voluntad, pues por allí sabía todas las otras cosas; yo también les hice entender que así era la verdad é que en aquella aguja é carta de marear vía yo é sabía é se me descubrían todas las cosas.—Cartas y relaciones de Hernán Cortés.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

quistados, prosiguieron el camino hasta llegar, después de haber pasado una noche en pleno campo, á un pueblo que se hallaba sobre un peñón y admirablemente fortificado, (2) Entraron en él, no sin recelo, por temer con justicia una emboscada; pero no fué poco su asombro al ver que aquel pueblo, como había pasado con otros del tránsito estaba completamente deshabitado. No llamó esto su atención al principio, pero sí faltó límites á su asombro cuando se encontraron todas las casas llenas de excelentes provisiones: gallinas, pavos, frijoles, tamales, miel y muchas cosas, y, además, un edificio lleno de arcos, flechas, macanas, piedras y todas, en fin, las

-
- (2) Ninguno de los historiadores anota el nombre de este pueblo que, á decir de Cortés, estaba "en un peñón alto y por una parte le cerca una gran laguna y por otra un arroyo muy hondo que entra en la laguna y no tiene sino una entrada llana y todo él está cercado de un fosado hondo y después del fosado un pretil de madera hasta los pechos de altura y después de este pretil de madera una cerca de tablones muy gordos, de hasta dos estados en alto, con sus troneras en toda ella para tirar sus flechas y á trechos de la cerca unas garritas altas que la sobrepujaban sobre esa cerca otro estado y medio, asimismo con sus torreones y muchas piedras para pelear desde arriba".—Cartas y relaciones de Hernán Cortés.—Colección Gayangos.—Pág. 425. Los historiadores que de esto se ocupan ofrecen poco más ó menos la misma descripción, pero omiten el nombre del pueblo, excepto Bernal Díaz del Castillo, que le da el mismo nombre de las regiones en que se hallaba, llamadas *Mazatecas*, nombre que á juicio de algunos autores les dieron los mismos indios mexicanos que acompañaban á Cortés, debido á la gran abundancia de venados.

armas de combate usadas por los habitantes de aquellas tierras. No salían aun de su asombro los españoles, cuando se les presentaron á Cortés quince indios que parecían de lo más principal, los cuales se inclinaron poniendo las manos en el suelo como en señal de respeto y acatamiento. (3) Con lágrimas en los ojos y tiernas súplicas rogaron al Conquistador que no se les quemase su pueblo, ni se les hiciese daño alguno, pues estaban recientemente establecidos en aquel lugar, donde se habían visto precisados á buscar refugio y hacerse fuertes á causa de los constantes y crueles ataques de los lacandones, quienes les habían destruído ya dos pueblos y matado innumerable gente.

Pasó la noche en el pueblo y mostró á los naturales lo mucho que sentía sus desavenencias con los lacandones, tanto más cuanto que le era imposible hacer nada por ellos á causa de lo precipitado de su viaje. Al día siguiente, después de apartarse de los guías que trajo de Acalá y tomando otros nuevos, siguió su camino. Atravesó grandes y despobladas llanuras en las cuales se encontraron con una gran cantidad de venados, que no sólo no huían de ellos sino que se acercaban á buscarlos.

(3) Esta manera de saludar, sobre todo á los extranjeros, es propia de los japoneses. Conviene tenerse en cuenta este nuevo detalle que marca la relación de costumbres que parece existir entre los asiáticos y los hombres de América.

Aquellos pobres animales venerados por los habitantes del Itza, en cuyo territorio había entrado ya Cortés, eran como el ibis para los egipcios ó la cigüeña para los turcos; estaban acostumbrados á ser objeto de consideración y de cariño por parte de las gentes de aquellas regiones. (4) Los castellanos en cambio, profesando ideas diferentes, mejor dicho deseando combatir las de los indios, y hambrientos como iban, se lanzaron en cruel persecución sobre los venados. Bajo un sol abrasador, los caballos rendidos por la jornada larga y penosa que habían hecho, con trabajo corrían á galope por las grandes llanuras hasta caer muchos reventados ó quedar inútiles aun para sustentar á sus ginetes. (5)

II

Continuando su marcha se encontraron con varios pueblos quemados por los lacandones, indios valientes y temibles que eran el azote y terror de todos los morado-

(4) “Que en aquellos pueblos los tenían por sus dioses á los venados, porque su ídolo mayor se les había aparecido en aquella figura, y mandádoles que no matasen los venados, ni los espantasen”. Villagutiérrez. Historia de la Conquista del Itza.—Lib. I.—Cap. VII.

(5) Entre otros murió el de Palacios Rubio y quedó muy maltrecho el de Cortés. —Villagutiérrez Historia de la Conquista del Itza.—Lib. I Cap. VII.

res de aquellas tierras. En medio de estas ruinas y soledad encontráronse con dos cazadores que llevaban un león muerto y muchas iguanas. (6) Estos informaron que á no larga distancia se encontraba un gran lago, en el centro del cual había una isla donde se encontraba la ciudad capital de toda la tierra Itza y que se denominaba Tayazal. Entre tanto, en medio de aquel desierto, no tenían donde acampar, viéndose obligados á pasar las noches bajo el sereno y la lluvia después de las fatigas y los calores del día. Pasadas las amplias llanuras entraron en una cuesta de fino alabastro, cuyo difícil tránsito, contribuyó á aumentar las penalidades de este viaje funesto. Al pie de esta pendiente y viendo ya á lo lejos blanquear las casas y adoratorios de Tayazal, como Moisés á las puertas de la tierra de Canaán, pasaron la última noche rendidos, agotados y sedientos, porque en el lugar donde tuvieron que pernoctar no se conseguía una gota de agua. Nuevos Tántalos, veían desde allí el gran lago azul, rizado por las brisas de la tarde y dorado á trechos por los besos del sol agonizante.

(6) "Los corredores que iban delante del ejército apresaron á dos indios cazadores que llevaban un León muerto y muchas iguanas que se distinguen de los Escorpiones sólo con tener la cola más larga y más delgada, y por eso muy horrorosas á la vista; pero buenas para comer". Isagoge Histórico Apologético de todas las Indias.—Lib. II. Cap. IX. Pág. 392.

A la mañana siguiente, casi con la aurora, una avanzada de Cortés llegó á las márgenes del lago, donde gracias á un perro de ayuda de aquéllos que tanto sirvieron á los españoles durante la conquista, apresó á un pobre indio que inútilmente trató de huir, pues el fiero animal, desgarrando sus carnes, le mantuvo sujeto hasta que llegaron á quitarlo de sus fauces los hombres blancos. Fué llevado el prisionero á la presencia de Cortés, á quien manifestó no saber nada de esas gentes á quienes el Conquistador buscaba; pero sí le indicó que no lejos del lugar aquel, había unas labranzas donde podía ser informado sobre el particular. No se hizo el Jefe castellano repetir la indicación y en compañía de doce ballesteros partió al lugar en referencia, teniendo que cruzar un pantano en que se hundían hasta medio cuerpo. Las dificultades del camino impidieron que se tomasen las precauciones indispensables para no ser vistos de los labradores, quienes, una vez que se apercibieron de la llegada de aquellos hijos del sol, metiéronse en las canoas que tenían allí surtas y á todo remo se dirigieron lago adentro, sin dar lugar á que con ellos hablaran los españoles. Tras esta inútil tentativa volvieron al cuartel general, donde la masa del ejército se había fortificado lo mejor posible, por temor á los itzaes, cuya fama de guerreros era muy grande. De aquí dispuso Cortés mandar al indio que ha-

bían apresado en la mañana, para que fuese á una isla donde residía la ciudad capital con el fin de avisar al Canek que el Capitán del ejército, que se hallaba á la orilla del lago, deseaba verle.

Contra lo que suponían los españoles que el indio no volvería, regresó á eso de la media noche acompañado de los más linajudos personajes que venían á saludar á Cortés y á los suyos en nombre del Canek y á pedirle que manifestase á qué causa se debía el honor de verle por aquellos lugares. (4) Recibióles Cortés amablemente y les manifestó que lo único que deseaba era ver al Canek, á quien recibiría con todo gusto en su campamento, y para infundir confianza al Jefe indio, el castellano mandó á la ciudad capital á uno de sus soldados en calidad de rehenes.

La buena acogida otorgada á los mensajeros influyó poderosamente en el ánimo del Canek, quien sugestionado por el relato que le hicieron de la munificencia y bondad del extranjero que acampaba á las orillas del lago, y de sus armas, vestidos y caballos, se decidió al siguiente día á visitar á Cortés, llevando consigo, en prueba de confianza, al español que se le mandara co-

(4) "...y trajo consigo otros dos indios principales de la ciudad, que venían á visitar á Cortés de orden del Canek, quien les había dicho viesan al Capitán General de aquel ejército y supiesen de él lo que quería.—Historia de la conquista del Itza.—Villagutiérrez.—Lib. I. Cap. VIII.

mo garantía de la índole pacífica que los llevaba por aquellas regiones.

III

La llegada del Canek al campamento español, fué verdaderamente espléndida. Venía el Señor de Itza acompañado de treinta nobles y muchos *zamaguales* ó plebeyos, pero sin gente armada ni las menores muestras de recelo ó desconfianza. Salió á recibirle Cortés acompañado de sus más distinguidos Capitanes y comenzó la ceremonia de la recepción. Cantóse una misa solemne acompañada de dulzainas y sacabuches. Durante el servicio divino permaneció el Canek muy atento y respetuoso, no sólo sin mostrar asombro, sino más bien siguiendo las prácticas que á los españoles veía ejecutar y demostrando que sobre todo la música era muy de su agrado. (5) Concluído el oficio, los frailes por intermedio de doña Marina, pronunciaron elocuentes sermones exhortando al cacique y á los suyos para que abrazaran la fe católica, para que dejaran de una vez para siempre sus falsos dioses, sus ídolos abominables y rindiesen culto al único Dios verdadero; sér venerado por una religión de caridad y de amor. Tampoco ante ta-

(5) Dijo que nunca tal cosa había oído; y los que con él habían ido estaban atónitos y embobados de ver y oír aquello. — Conquista del Itza. — Villagutiérrez. — Lib. I Cap. VIII.

les palabras se inmutó el Canek. Todo lo contrario, escuchó con placer lo que se le decía y manifestó que todo era de su gusto en esa hermosa religión de que le hablaban y que en prueba de ello solicitaba que se le diese una cruz y deseaba saber como haría para honrar y venerar al verdadero Dios. (6)

Como si todo lo obtenido no fuese bastante, después de la catequización religiosa vino la política. Tomó Cortés la palabra y habló largamente del gran Emperador Carlos V, rey y Señor de muchos pueblos y ciudades, invencible en la guerra, justiciero y grande en la paz y le exhortó para que se pusiese bajo su dominio como ya lo estaban los reyes de México y algunos más de otros remotos países. No fué menos condescendiente el indio en esta cuestión. Contestó que ya podía contarle como súbdito de tan excelso Monarca, de cuyo nombre así como de las proezas de sus soldados tenía noticia desde tiempo atrás por boca de los comerciantes de Tabasco.

IV

Terminada ésta parte de la fiesta, con gran contentamiento por parte de Cortés

(6) “Respondió el Canek: que de buena gana dejaría los ídolos; y que quería entender la manera como haría honrar al Dios verdadero, que le daban á entender y declaraban; y pidió una cruz para poner en su pueblo”.—Conquista del Itza.—Villagutiérrez.—Lib. I Cap. VIII

y los suyos que tan bien dispuesto, para todo, veían al indio, se sentaron á la mesa á tomar un magnífico almuerzo que había para el efecto preparado y en el cual se ostentó la magnífica bajilla que llevaba Cortés y se hizo, hasta donde era posible, alarde de los conocimientos culinarios de los cocineros. Por su parte el Canek mandó que se sacasen de las canoas aves, peces, tortas, algunos comestibles más, y así como otros objetos de adorno para obsequiar á los recién llegados, cuyo Jefe supo á su vez corresponder á tales agasajos (7) aunque con objetos de menos valor, por más que para los indios lo tuviesen y muy estimable. A los postres se habló de los hombres blancos que iba buscando Cortés y se obtuvo algunas noticias de ellos manifestando el Canek al caudillo español que si deseaba pasar á su isla allí podría proporcionarle datos más precisos y hacer que en su presencia se quemasen todos los idos que hasta aquel momento habían venerado. Contra la opinión de sus capitanes y soldados, Cortés, después del almuerzo se prepara para pasar á la isla apenas acom-

(7) Mandó el Canek á sus indios sacasen de las canoas aves, peces, tortas, miel y oro, aunque poco, y sartales de caracoles colorados de que hacen mucho aprecio los indios. Comieron; y Cortés le dió al Canek una camisa, una gorra de terciopelo negro, y otras cosillas de hierro, como tijeras y cuchillos. Historia de la Conquista del Itza.— Villagutiérrez.—Lib. I.—Cap. VIII.

pañado de treinta ballesteros, (8) ordenando antes de su partida, que,—pues era forzoso continuar la marcha,—el ejército, costeando el lago, siguiera el camino á donde él, aquella misma tarde, se les iría á reunir.

V

Audacia y muy grande era aventurarse entre gente medio salvaje, mal prevenida en contra de los conquistadores y sin llevar los necesarios elementos de defensa. Pero á Cortés, como á todos los grandes atrevidos, le salían bien aun sus más temerarias empresas. En Tayazal fué recibido con regia pompa, casi cual si fuera el soberano de quien en su plática hablara al Canek. Se le mostró la ciudad toda: los templos, los palacios, las particulares viviendas y el Jefe indio, como si no se cansara de prodigar atenciones al ilustre extranjero, le colmó de nuevos y hasta cierto punto valiosos regalos, entre los que se contaban mantas bordadas conteniendo, con todos sus pormenores, el difícil camino que aún le quedaba por atravesar; pues si grandes eran las penalidades sufridas, no eran menores las que les esperaban. Así lo supo en la isla donde le dieron noticias de

(8) Villagutiérrez dice treinta hombres; pero Herrera (Dec. III Lib. VII Cap. IX) dice veinte y los mismos señala Cortés que se expresa así: "entré con él en las canoas, con hasta veinte hombres, los más dellos ballesteros." Carta quinta de Cortés al Emperador.—Colección Gayangos.

Nito y Naco, lugares donde debía encontrarse con los hombres que buscaba y á donde le conduciría, no sin trabajo, un guía que á propósito le ofrecieron.

Llegó el momento de partir! Las horas pasadas en alegre fiesta no dieron lugar á que Cortés presenciase la quema de ídolos que le había ofrecido su ilustre Anfitrión. (9) ¡Quién sabe si tantos festejos no tuvieron otro fin que hacer olvidar al Conquistador el audaz ofrecimiento y, quién sabe también, si en el caso de haberse llevado éste á término hubiera podido el vencedor de Cuauhtemotzin haber salido con vida de aquel lugar! Los bravos indios heridos en su fe, en lo más sagrado de su alma, acaso se hubieran levantado enfurecidos para dar muerte no sólo al que venía á turbar sus ritos y sus creencias, sino también á su rey que lo permitía y que, como Montezuma, hubiera recibido de sus propios hermanos el castigo de su debilidad.

VI

En el momento de partir acordóse Cortés de que su caballo Morcillo, (10) mal-

(9) Sin embargo don Francisco López de Gomara dice que: "Vió arder muchos ídolos."—Conquista de México Cap. *De como Canek quemó los ídolos.*

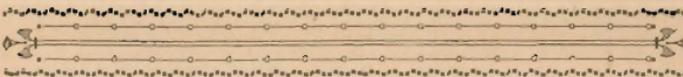
(10) El nombre de Morcillo tuvo su origen sin duda en el color del caballo: "MORCILLO—LLA. Aplícase al caballo ó yegua de color negro con viso rojizo."—Diccionario de la Real Academia Española.

trecho en la faena de perseguir los venados, no podía proseguir el camino: entonces recomendó al Canek y á los habitantes del Itza que se lo cuidaran mientras llegaba el momento de mandar por él, lo cual haría tan pronto como llegase á las Hibueras. Nada más pudo decir con respecto al caballo y partió. Los indios tomaron el animal como cosa sagrada: lo condujeron á un templo, consagraron personal exclusivamente destinado á cuidarlo y le prodigaban toda especie de atenciones y mimos. Mas aquellas buenas gentes ignorantes de su alimentación, en vez de ofrecerle la apetecida hierba, lo regalaban con gallinas, pavos silvestres, aves peces, y cuadrúpedos de todas clases,—lo más selecto en carnes,—y le ofrecían, como á sus ilustres enfermos, ramilletes de flores para adornar su estancia. Entre tanto el infeliz animal moría de hambre: inútiles eran sus relinchos, sus fuertes patadas sobre el pavimento, sus manifestaciones de malestar y desatino; no lo comprendían. La muerte llegó por inanición y con ella el sobresalto y horror de los indios, que no acertaban á saber lo que contestarían á Cortés cuando mandara por su caballo. El miedo que les infundía el emisario de aquel rey tan poderoso de que habían oído hablar, y potente y magnífico él á su vez, les hizo reunirse para deliberar qué debían hacer en caso tan afflictivo. El acuerdo fué fabricar un caballo de piedra, semejante al que se concediera á su cuida-

do. La obra se llevó á término y, según parece, la estatua del Morcillo vino á ser uno de los ídolos más importantes en el culto de los itzaes. (11) Hoy, ese caballo de piedra, descansa en el fondo del lago del Petén y no muy lejos de la isla de Flores.

-
- (11) “Hay historia que dice que la causa de tener estos bárbaros aquel ídolo ó estatua en forma de caballo, allí en tanta veneración, procedió de que habiéndoles dejado don Fernando Cortés, cuando pasó por allí, aquel caballo Morcillo que se despeó en el puerto del Alabastro, como antes dije: ellos pretendieron curarle, y entendiendo que era animal de razón le daban á comer gallinas y otras carnes y le presentaban ramilletes de flores, como acostumbraban hacer con las personas principales cuando estaban enfermas. Todo este regalo y honra (que á su parecer le hacían) redundó en acarrearle la muerte al pobre caballo, pues murió de hambre, lo cual acaso no hubiera hecho del achaque si lo hubieran dejado pacer aunque no le hiciesen otra curación.—Historia de la Conquista del Itza.—Villagutiérrez.—Lib. II. Cap. IV.
-

QUINTA PARTE



I

Había Cortés dejado atrás las montañas del Lacandón y del Itza y comenzaba á recorrer la provincia del Chol. Después que abandonó los dominios del Canek, marcharon durante nueve ó diez días por buen camino, teniendo ocasión los ginetes de distraerse de la monotonía del camino alanzando de nuevo algunos venados que aún se hallaban en estado doméstico, como los encontrados antes de llegar al gran lago del Petén (1) Desgraciadamente al undécimo día comenzó á llover de una manera torrencial día y noche, lluvia que no cesó por tres días consecutivos, coincidiendo con

-
- (1) Así se expresa con respecto á este lago el señor don José Milla y Vidaurre en su obra *Historia de la América Central*: “El desconocido autor del *Isagoge Histórico* (Lib. II. Cap. IX) pretende que no conviene á la laguna del Peten lo que Bernal Díaz dice de aquel lago, pues no le entra ni le sale río, ni estero alguno. Cierto es que ningún río caudaloso desemboca en dicho lago; pero también lo es que no hay en toda aquella comarca otro tan grande y con una isla poblada como lo dicen de aquel. Es probable ó más bien seguro, que se trata de la laguna del Petén, y que Bernal Díaz exageró la importancia de alguno de los ríos insignificantes que entran en ella” Tom. I. Cap. V.—Pág. 115.

la llegada á una sierra que medía más de ocho leguas de extensión y toda de pedernales tan filosos que cortaban como navajas. Doce días tardaron en llegar á la cima (2) sufriendo tormentos indecibles, tanto es así que en ella quedaron muertos sesenta y ocho caballos, y los restantes contusos y poco menos que inservibles. Para la parte numerosa de ejército que caminaba á pie, tuvo aquella senda las escabrosidades del Gólgota. (3) La lluvia había puesto el suelo resbaladizo y con frecuencia caían sobre los filosos pedernales, que se hundían en sus cuerpos flacos por las hambres y los padecimientos. Entre los ginetes que más sufrieron en este duro tránsito, se cuenta un pariente de Cortés, Palacios Rubio, que rodó de una gran altura fracturándose una pierna y poniendo á sus compañeros en graves apuros para llevarle. Habían apenas pasado la agria sierra, en la cual no lograron tomar el más leve descanso porque la

(2)Comenzaron á subir una espesísima sierra que duró ocho leguas y tardaron en andarla ocho días. Francisco López de Gomara.—Conquista de México. Cap. *Un trabajoso camino que los nuestros pasaron*. Cortés dice 12 días. Bernal Díaz no da importancia ninguna á este paso y habla apenas de una *sierrezuela*, dando por muertos ocho caballos.

(3) "...querer yo decir y significar á V. M. la aspe-reza y fragosidad de este puerto y sierra, ni quien mejor que yo lo supiese, lo podría explicar, ni quien lo oyese lo podría entender, si por vista de ojos no lo viese, é pasando por él, no lo experimentase.—Cortés.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

falta de bastimento imponía la urgencia de llegar á donde pudieran tener con que sustituir el que por momentos iba escaseando de considerable manera, cuando dieron con un caudaloso río que se desataba turbulento (4) entre un lecho de rocas y que vino á quitarles la dulce esperanza de llegar á Tayza, pueblo el primero que debían encontrar en esta nueva jornada. La sucesión continua de tantos contratiempos había empobrecido los espíritus, hasta el mismo indomable de Cortés, de tal modo, que, al verse ante este nuevo obstáculo, sintieron languidecer sus animosos corazones y sólo la necesidad que les agujoneaba, pudo darles valor para ponerse á buscar un paso favorable, que no fué sino después de largo tiempo y con mucho trabajo que lograron encontrarlo. Su alegría subió entonces á tal punto, que se mandó cantar el *Te Deum laudamus* y como corría á la sazón la Semana Santa, todos confesaron y comulgaron. El paso encontrado consistía en dos grandes peñascos que se inclinaban en la misma dirección, como si fueran á chocarse, pero dejando todavía un ancho espacio sobre el cual debía tenderse un puente, que necesitaron para construirlo de tres días, siendo Cortés uno de los que más activa y eficazmente trabajaban en la obra. Por este medio franquearon la opuesta ri-

(4)Hacia tal estruendo que bien se oyría de dos leguas. Isagoge Histórico Apologético General de todas las Indias. Lib. II. Cap. X.

bera las gentes de á pie, mientras los caballos, aprovechando un bajo que había, á no larga distancia, pasaron á nado.

II

Su llegada al pueblo de Tayza fué un nuevo desengaño, pues no sólo lo hallaron deshabitado, sino completamente desprovisto de víveres. Hubo que continuar la marcha á paso lento, mientras Bernal Díaz se adelantaba en busca de vitualla. Entonces fué cuando aquel ejército sufrió las mayores hambres de todo el viaje. Concluído lo poco que traían tuvieron que buscar alimento en la montaña. Se nutrieron de palmas y palmitos, los que pudieron conseguirlos, y los más, devoraron animales de todas clases, aun los más inmundos, no faltando quienes se alimentasen hasta con los cuerpos de sus infelices compañeros, que no pudiendo resistir, espiraban en el camino. (5) A consecuencia de tan im-

(5) “Medrano, Chirimfa de la iglesia de Toledo, afirmó haber comido de los sesos de Medina, Sacabuche, natural de Sevilla y de la asadura y sesos de Bernaldo Caldera y de un sobrino suyo, que murieron de hambre y eran menestriles: comieron muchas culebras, lagartos y otros animales no conocidos; los palmitos daban cámaras de que moría la gente; veíase muchas veces á don Fernando Cortés, con una pica al hombro, animando á los que quedaban vivos.—Herrera.—Historia.—Dec. III.—Lib. VIII.—Cap. I.

perfecta como nociva alimentación se declaró en muchos una especie de disentería, que hizo gran número de víctimas.

III

En tanto Bernal Díaz había dado con un pueblo desierto, pero en el cual se hallaban tres casas llenas de maíz, frijoles y ayotes (melones del país, como los llamaban), provisiones que envió sin demora á Cortés y que le fueron de indecible consuelo, continuando Díaz en sus pesquisas, á fin de obtener lo bastante para seguir medio alimentando á tanta gente. Consiguió algo más en unas estancias próximas al pueblo y con ello fuese á incorporar á la masa del ejército, que caminaba algo fortalecido y con la esperanza de que no debían estar lejos de las Hibueras, á juzgar por las noticias que el Jefe obtuvo en Tayazal. Desgraciadamente, cuando menos lo esperaban, vieron defraudadas sus esperanzas, pues perdieron el camino y se encontraron extraviados en los espesos bosques de la Verapaz. (6) Caminaron en todas direcciones, trataron de valerse de la brújula y de los lienzos obsequiados por los indios, mas ningún esfuerzo dió resultado, hallándose siem-

(6) “...y porque de la aguja no nos podíamos aprovechar, por estar metidos entre las más espesas y bravas sierras que jamás se vieron, sin hallar camino que para ninguna parte saliese.” Cortés.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

pre en la misma incertidumbre y perplejidad, hasta que dieron con un joven de apenas quince años que los guió hasta un lugar de nombre Tuniha, al cual tardaron dos días en llegar. De aquí continuó prestando sus servicios para guiarlos por aquellos laberintos un viejo, tan cargado de años, que no era fácil se huyera y los dejase abandonados como ya tantas veces les había acontecido. Cuatro hombres con quienes se encontraron en el camino les dieron la noticia de que á dos soles del lugar en que se encontraban, estaba situado Nito, y como comprobante de su aserto trajeron á dos mujeres de dicha población, las cuales dieron los nombres de los españoles á quienes habían servido. Animados con tan faustas nuevas, emprendieron de nuevo la marcha llenos de tales bríos, como si no estuviesen cansados y casi moribundos. Al poco tiempo de caminar pasaron cerca de un despeñadero en el cual resbaló y cayó con todo y su ginete, el caballo del capitán Juan Davalos, salvándose milagrosamente de tan horrible caída, que no le ocasionó más daños que la fractura de un brazo.

IV

Tan pronto como Cortés había sabido la proximidad de Nito, fué su primer paso dar orden á Gonzalo de Sandoval para que acompañado de quince hombres se adelantase á dicho pueblo y le mandase noticias

del número de españoles que allí hubiera y de si entre ellos se encontraba el rebelde Cristóbal de Olid. Púsose en marcha Sandoval y después de una buena jornada llegó á las márgenes de un gran río, embarcándose en una canoa que logró quitar á dos indios que andaban por aquellos lugares llevando un cargamento de maíz y sal. Cuando se acercaban á la desembocadura del río, que no era otro que el de Golfo Dulce, vieron á cuatro españoles que, subidos en un árbol, se ocupaban en cortar zapotes. Quisieron estos huir; pero Sandoval que al punto reconoció en ellos, á pesar de su traje y mal estado, á gente de su raza, les indicó que ningún daño pensaba hacerles y que más bien su llegada les podía ser de gran provecho. Pusiéronse á la habla y supo entonces el emisario de Cortés, que eran vecinos de Nito, donde vivían miserablemente, gobernados por Antonio Nieto;(7) que Olid había muerto, víctima de una conspiración y que las Casas y González Dávila habíanse partido con rumbo á México. Las noticias eran de gran importancia y debían comunicársele sin pérdida de tiempo á Cortés. Uno de los soldados que acompañaban á Sandoval, Alonso Ortiz, se prestó gustoso para llevarlas, seguro de que sería bien recompensado, no sólo por el Jefe sino por

(7) Cortés y López Gomara dicen Diego Nieto; pero Bernal Díaz, Milla etc., le nombran Antonio.

todos sus compañeros, ansiosos como estaban por que se concluyese tan funesto y penoso viaje.

V

¡Qué de encontrados pensamientos y de amargas memorias debieron agitarse en el cerebro de Cortés cuando se enteró de toda la verdad! (8) Sus hermosos planes de venganza se desvanecían! El Dios excelso no quizo que saborease un infame placer que iba á conseguirse después del sacrificio de tantos desgraciados! De los proyectos que impulsaran al gran Capitán en aquella expedición, nada quedaba! Su enojo fué á estrellarse contra la loza de una tumba, mientras en su corazón nacían los gérmenes de eternos é invencibles remordimientos!

(8) Al calificar de venganza y no de castigo la persecución de Cortés contra Olid, tenemos en cuenta las costumbres de la época, pues traiciones como las de éste eran muy comunes y quedaban en la impunidad. El mismo Cortés había obrado de igual manera con Diego de Velázquez.

SEXTA PARTE



I

Enterado Cortés de las noticias que le trajo Alonso Ortiz, fué su primera providencia enviar una carta á Nieto anunciándole su llegada y dándole órdenes de poner canoas para que él y los suyos pudiesen pasar el río. Al atardecer de aquel mismo día llegó á las márgenes de éste, donde se encontró con el propio Nieto, que le esperaba deseoso de ser el primero en rendir homenaje al esclarecido Capitán cuyo nombre había llevado la fama por todas partes, precedido de sus grandes hechos de armas é indecibles actos de heroísmo. Se embarcaron en el momento que la noche comenzaba á caer y emprendieron el viaje hacia Nito. Se hallaba en la mitad del gran río, cuando se levantó un viento formidable que encrespó las aguas y á punto estuvo de sepultar la canoa y á sus tripulantes. (1) Al llegar á la opuesta orilla los esperaban los caballos, que con anticipación habían pasado á nado. Montaron Nieto y Cortés con sus diez ó doce acompañantes, y llegaron al

(1) "y al entrar en el río, por la noche, se levantó un viento tan recio que estuvieron á punto de naufragar." Milla.—Historia de la América Central.—Tom. I.—Cap. VI.—Pág. 123.

pueblo ocupado por los españoles, y que no estaba en el lugar mismo donde Gil González Dávila había fundado la villa de San Gil de Buenavista, sino en el propio antiguo pueblo de Nito. (2) Allí se encontró Cortés con hasta sesenta hombres y unas veinte mujeres, (3) todos en el estado más triste y lamentable que puede imaginar la mente humana: enfermos, débiles, próximos casi á morir. No tenían armas ni alimentos; se nutrían de unos pocos zapotes y algunos que otros pescados que les era fácil conseguir, sin apartarse mucho del pueblo, pues tan desvalidos como se hallaban y faltos de pertrechos, temían provocar la ira de los indios, que en caso de haberlos atacado hubieran acabado con todos, sin encontrar ni la más pequeña resistencia. Al siguiente día de su llegada hizo Cortés aderezar una barca y todas las canoas que pudo conseguir, y que fueron atadas de dos en dos, á fin de que pasara todo su ejército; operación que no pudo hacerse en menos de cinco ó seis días, pues aun era muy numeroso, con todo y que la muerte se había encargado de mermarlo considerablemente.

(2) Milla.—Tom. I.—Cap. VI.—Pág. 123.

(3) “En la villa no había más que cuarenta hombres, todos enfermos, y cuatro mujeres: dos españolas y dos mulatas”.—Isagoge Histórico Apologético General de todas las Indias.—Lib. II.—Cap. X.—Pág. 399. Cortés y otros historiadores dan las cifras que ponemos en el texto.

II

La llegada de Cortés á Nito, que con el tiempo tenía que ser de gran consuelo para sus habitantes, en el primer momento vino á aumentar la desazón y la escasez. Lo primero en que hubo de pensarse fué en conseguir víveres para alimentar á tanta gente necesitada. Con tal fin se embarcaron unos cuantos, de los que estaban menos rendidos, para dirigirse á los pueblos cercanos en demanda de provisiones. Llegaron á un río cuyo nombre dijeron ser Yasa (4) y subieron hasta seis leguas en él, arribando á unas labranzas de muy buena apariencia. Cuando los naturales vieron que se aproximaban recogieron cuanto tenían, así como á sus mujeres y á sus hijos y se pusieron en precipitada fuga. Llovía de una manera torrencial, y los españoles dispusieron recogerse en una gran casa que al efecto hallaron; prendieron un buen fogón, dejaron sus armas y muchos de ellos para secar sus ropas, que estaban completamente mojadas, se despojaron de ellas. Así estaban, ajenos de toda sospecha, cuando fueron acometidos por los indios, que hirieron á muchos, obligándolos á volver á sus barcas y á regresar á su campamento,

(4) Ningún río se conoce hoy de ese nombre, ni es fácil saber cual de los que corren por dichas regiones llevaba, en aquel entonces, el de Yasa, que le da Cortés.

sin haber cumplido su cometido. (5) Una nueva expedición se organizó al momento comandada por el Capitán Luis Marín, quien llevaba entre los suyos al hábil y conocedor Bernal Díaz del Castillo. Guiados por un indio de Cuba, fueron hasta unas estancias situadas á unas ocho leguas de Nito, donde encontraron bastante maíz, frijol y cacao. Al punto avisaron á Cortés, quien sabedor de que el lugar en referencia se hallaba en el camino de Naco, ordenó á Sandoval que se trasladase á él con lo más grueso del ejército, donde debía permanecer cuidando de enviar provisiones para los que se quedaban. Así se hizo, y llegaron á Nito, muy en breve, treinta fanegas de maíz y algunos otros alimentos. Se organizó un verdadero festín que dió por resultado,—dada la triste condición en que se encontraban los vecinos del pueblo,—que casi todos enfermaran y siete murieran á causa de la gran comida, después de tan larga abstinencia.

-
- (5) Aunque otros historiadores no refieren este accidente, Cortés lo relata así; “y como los españoles llegaron por aquellas caserías, dicen que les hizo una grande agua, y recogieron á una gran casa que allí había, y como descuidados y mojados todos se desarmaron y aun muchos se desnudaron para enjugar sus ropas y calentarse á fuego que habían hecho; y estando así descuidados, los naturales de la tierra dieron sobre ellos y como los tomaron desapercibidos, hirieron muchos de ellos de tal manera que les fué forzado tornarse á embarcar y venir donde yo estaba, sin más recaudo del que habían llevado.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

III

No habían aún consumido el bastimento que consiguió el Capitán Marín, cuando tuvieron la suerte de que arribara á la costa un buque procedente de la isla de Cuba, que traía gran cantidad de tasajo, cuarenta cerdos y mucho casabe. Cortés logró hacer un arreglo y se quedó, por \$ 4,000-00, al crédito, con la embarcación y su cargamento. La llegada de estas nuevas provisiones fué motivo de otro banquete también de malos resultados para las gentes de Nito, pues si en el primero murieron siete, en el segundo, por efecto de la carne salada, el número se elevó á catorce. Entre tanto el ilustre conquistador de México, satisfecho de no tener que pensar durante algunos días en la alimentación, dió suelta á su natural activo y emprendedor. Hizo reparar un bergantín que González Dávila había dejado varado y con él y el buque venido de Cuba, quince de los marineros que éste trajo, treinta soldados y veinte indios mexicanos, se dió á explorar por aquellas regiones. Atravesó el Golfete y entró al gran lago de Izabal, cuya belleza lo llenó de admiración. Hermoso panorama aquel; uno de los más bellos paisajes del mundo; sólo así se explica el asombro de Cortés, tan grande como para hacerlo patente al Emperador.

(6) Cruzó el lago con dirección casi de Este á Oeste y entró en el río Polochic, que remontó hasta unos raudales donde le fué imposible seguir navegando. Siguió su camino á pie y dió con unas siembras de maíz donde pudo apresar tres indios que le condujeron hasta unas rancherías, en las cuales tuvieron la grata sorpresa de encontrarse no sólo con maíz y frijoles, sino con gallinas, pavos, faisanes, perdices y palomas. (7) Tomaron aquí otros guías que los llevaron hasta las cercanías del pueblo de Zinacán ó Thenzintle. (8) En el pueblo celebrábase gran fiesta y hasta los españoles llegaban los sonidos de los atambales y trompetas. Cortés ocultó á su gente y esperó que llegara la noche. Cuando una espesa sombra reinaba y lo envolvía todo, él y sus compañeros cayeron sobre los indios que alegres danzaban, sin pensar que había sonado ya la hora de su infortunio, que la raza

(6) "...y otro día por la mañana llegué á otro golfo que era la cosa más hermosa del mundo ver: el cual es de esta manera: Entre las más ásperas y agrias sierras que pueden ser, estaba una mar tan grande que boja y tiene en su contorno más de treinta leguas".—Cortés.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

(7) *Isagoge Histórico Apologético General de todas las Indias.*—Lib. II.—Cap. X.—Pág. 400.

(8) Milla dice Cinacantan ó Teosintle. Nosotros hemos seguido al autor del *Isagoge*.

poderosa venía á aplastarlos, á sorprenderlos, en medio de sus alegres holganzas, para ajustarles la cadena ominosa del esclavo. La mayor parte de los indios logró huir, porque antes de llegar al lugar en que se encontraban reunidos, uno de los españoles, amedrentado por el número se puso á dar grandes voces diciendo ¡ Santiago, Santiago! sin duda para que el excelso patrono de las Españas los protegiera en lance tan atrevido; sin embargo quedaron prisioneros diez hombres y quince mujeres. Repuestos los indios de su estupor, vinieron á la carga sobre los españoles, sin éxito ninguno; pronto comprendieron la superioridad y se retiraron, dejando doce muertos, entre los cuales se encontraba el Señor del pueblo. Pocas horas después cuatro ancianos, dos de ellos sacerdotes, se presentaron al Jefe español, en son de paz, trayendo algunos regalos de poco valor y suplicando que se les devolviese á los prisioneros. Convino Cortés en darlos bajo la condición de que le llevarían víveres á sus embarcaciones, y, al efecto, les indicó el lugar en que éstas se hallaban. Los indios accedieron y fué cumplida su palabra; no así por parte del caudillo castellano, que se reservó de entre los prisioneros á tres indias con sus maridos para que les molieran el maíz. (9)

(9) Ysagoge Histórico Apologético General de todas las Indias. — Lib. II. — Cap. X. — Pag. 401.

IV

Dos días pasaron reposando en el pueblo de Zinacán ó Thenzintle y continuaron en seguida su exploración. En el camino que llevaban tuvieron que atravesar un río bastante grande que les cubría hasta el pecho, y era tan fuerte la correntada que les fué preciso cogerse de las manos para no ser arrastrados por élla. (10) Iban aproximándose al pueblo de Chacujal cuando la avanzada de Cortés se vió acometida por un grupo de indios que la hubiera acabado sin duba á no llegar en su auxilio el Conquistador. Los indios perseguidos por los españoles corrieron hacia su pueblo, perdiéndose, gracias á las sombras dela noche, entre las callejuelas. Los compañeros de Cortés, todos á una eran de opinión que no penetrasen en aquel gran pueblo que casi tenía la apariencia de una ciudad, (11) pero el valiente Capitán, con su audacia de siempre mandó que entrasen, aun á costa de ser víctimas de una celada. Comprendía que si los indios llegaban á verlos flaquear, toda su fuerza, su valor y la su-

(10) “ y fuí á dar en un río que lo pasamos á los pechos é iba tan recio, que fué hasta peligroso de pasar, sino que con ir asidos todos unos á otros pasamos sin que nadie peligrase”.—Cortés.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

(11) Este pueblo tiene los templos á la manera de México.—Francisco López de Gomara.—Conquista de México. —Cap. —*Lo que hizo Cortés en Nito.*

perioridad de sus armas, de nada valdrían. Sobre todo inspiraban miedo á los castellanos las construcciones,—algunas con aspecto de fortalezas,—que en caso dado podían prestar grandes servicios á sus enemigos. Inmediatamente que estuvieron en la gran plaza central, frente á un hermoso templo, el Jefe mandó hacer un minucioso reconocimiento. Las casas se encontraron todas vacías, pero los encargados de hacerlo volvieron con la buena noticia de haber hallado en grandes cantidades, maíz, frijoles, pavos, faisanes y perros silvestres. (12) Con tal nueva y á pesar de la amenaza que sobre ellos pesaba, durmieron en el pueblo, y á la mañana siguiente cogieron á un indio que andaba de caza por los alrededores. Cortés escribió una carta al Señor de aquel lugar, ofreciéndole paz y acuerdo, y se la mandó con el indio cazador. No tuvo contestación ninguna y á los pocos días supieron que la misiva no había llegado á su destino, pues la encontraron clavada sobre el tronco de un árbol, no lejos de Chacujal. Dieciocho días pasó Cortés en este pueblo, pensando en la manera de trasladar la gran cantidad de víveres que la suerte le había deparado. Supo que un río que pasaba muy cerca iba á desaguar en el Polo-

(12) “Hemos dicho ya en la “Noticia Histórica” que está al principio de este tomo, que esos animales que los españoles designaron con el nombre de perros mudos, eran los que llaman los indios *Tepecuintles*.”—Milla.—Historia de la América Central.—Tom. I.—Cap. VII.—Pag. 130.

chic, y entonces mandó orden á sus embarcaciones para que fueran á colocarse á la confluencia, y que le mandasen una canoa y una barca. Entre tanto ordenó la fabricación de grandes balsas para el traslado del bastimento. No tardaron en llegar sus emisarios, diciéndole que habían necesitado de seis días para remontar el río y que aun así no les había sido dado llegar con la barca y la canoa. Mandóse más gente y se logró que la canoa llegase hasta el punto deseado. Cargáronse las balsas, y la comitiva partió. ¡Veinte leguas los separaban de los bergantines! La corriente era poderosa, y caminaban rápidamente. Cuando llegaron á donde la barca esperaba, Cortés se trasladó á ella. La canoa iba adelante, las balsas en seguida y la barca más atrás. La tarde era hermosa: una fresca y acariciadora brisa soplaba, rizando suavemente las hondas del río. Cortés, presa de fuerte calentura y ansiando gozar el fresco de aquel atardecer, quitó la celada de su yelmo. (13) El sol iba hundiéndose en el ocaso y á lo lejos se oía extraña gritería. La corriente cada vez más fuerte arrastraba las embarcaciones con prodigiosa rapidez. De pronto, cuando menos lo esperaba, en una curva inverosímil que trazaba el río y donde era muy fácil zozo-

(13) “yo me quité la celada que llevaba, é me recosté sobre la mano, porque iba con gran calentura”. —Cortés.—Carta quinta al Emperador.—Colección Gayangos.

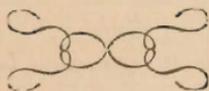
brar, desde los altos peñascos que formaban su lecho á las aguas, cayó sobre los españoles una lluvia de piedras y de flechas. Los que iban adelante sin lograr retroceder, por el impulso del río, no pudieron avisar á Cortés. El ataque lo sorprendió distraído y con una parte de la cabeza descubierta, en la cual recibió una herida de poca consideración. La refriega duró un momento no más; el río á medida que se acercaba á su confluencia hacía más veloz su carrera, de tal modo que en un instante, alejó al caudillo castellano y á sus compañeros del lugar de la agresión.

V

A los veintiséis días de su partida, Cortés regresó á Nito. Vió que el lugar en que estaba asentado este pueblo, era mal sano y de fatales condiciones de vida, y dispuso trasladarse con toda su gente y los antiguos habitantes de él á sitio que ofreciera más ventajas. Se embarcaron, cruzaron el golfo de Amatique y llegaron á Puerto Caballos, que Cortés bautizó con el nombre de *Natividad*, por haber arribado á él el día 8 de septiembre, en que la iglesia católica celebra el nacimiento de la virgen María. Más tarde volvió á llamarse Puerto y Caballos, y hoy con justicia, lleva el nombre del ilustre conquistador de Méxi-

co: se llama Puerto Cortés. Dejó por Teniente de este lugar á Diego de Godoy y partió para Trujillo, ciudad fundada por Francisco de las Casas (14) y á la cual llegó tras una navegación de seis días. Aquí concluye lo que á nuestro programa toca estudiar en ese viaje célebre, hecho por el más grande de los conquistadores españoles; y al terminar, con gusto repetimos lo dicho en la introducción, que como viajes, ni el de Alejandro á la India, ni el de Aníbal trasponiendo los Alpes, ni el de César, atravesando las Galias, superan al de Cortés en su paso desde México hasta Honduras.

(14) Llamole Trujillo, en recuerdo de su tierra natal: era de Trujillo de Extremadura.



APÉNDICE



Apéndice (1)

“HERNÁN Cortés luego que hubo tomado la ciudad de México (agosto de 1521) no sólo se ocupó con su acostumbrada actividad y espíritu emprendedor en acabar de someter el imperio de Montezuma, sino que determinó enviar algunos de los capitanes que más se habían distinguido en aquella gloriosa campaña á conquistar y pacificar pueblos distantes que aun no habían sido sojuzgados, ó que estaban de guerra como entonces se decía.

“Dos objetos tenía en mira el sagaz conquistador de México, al disponer aquellas expediciones: extender los dominios españoles en esta parte del nuevo mundo y alejar hombres ambiciosos á quienes los méritos contraídos durante la guerra habían inspirado pretensiones peligrosas.

“Informado de que había salido Gil González Dávila de Santo Domingo con una escuadra y que se dirigía á Honduras, y teniendo no-

(1) Para conocer las causas, detalladamente, que dieron origen al viaje de Cortés y como la mejor relación de la muerte de Olid, copiamos lo que dice á ese respecto Milla, en su obra Historia de la América Central.—Tom. I.—Cap. III.—Págs. de 45 á 53.

ticias, algo exageradas, de la riqueza de aquel país, (2) determinó Cortés disputárselo y preparó dos expediciones, una por tierra y otra por mar. Encargó la primera á Pedro de Alvarado, y la segunda á Cristóbal de Olid; dos de sus principales y más distinguidos Tenientes en la guerra de México.....

.....
“Preparados, por disposición de Cortés cinco navíos y un bergantín, bien artillados y pertrechados, se embarcó Olid en Veracruz, con trescientos sesenta soldados, de ellos, cien ballesteros y escopeteros, dirigiéndose á la Habana, á donde había enviado el mismo Cortés, con anticipación, dos comisionados, con siete mil pesos de oro, encargados de reclutar gente y comprar caballos, armas y víveres para la expedición.

“Las instrucciones de Cristóbal de Olid se reducían á que inquiriese por el deseado estrecho, que debía comunicar los dos mares; que procurara poblar una villa en un buen puerto; que atrajese á los naturales del país por medios pacíficos, inculcándoles los principios de la religión cristiana, haciendo que los catequizasen dos clérigos que iban en la expedición; que levantarán cruces por todas partes, que no consintieran sodomías ni sacrificios humanos; que pusiesen en libertad á los indios que encontrasen presos en jaulas de madera, donde solían encerrarlos para comérselos; que buscaran y rescataran oro y plata, etc.

“En el mes de abril del año 1523 se hizo á la vela la expedición, en la cual iban varios individuos descontentos de Cortés, porque no les había dado toda la parte á que creían tener de-

(2) La experiencia ha venido á demostrar que no eran exageradas. Esa tierra es acreedora á la frase con que la designaba el sabio Valle: *Patria del oro, y del talento cuna.*

recho del botín tomado en México. Uno de estos era un tal Briones que había sido capitán de buque y que, andando el tiempo, fué ahorcado en Guatemala, según dice Castillo, *por revolvedor y amotinador de ejércitos*.

“ Aquél mal sujeto supo ganarse la confianza de Olid y durante la travesía se ocupó en sugerirle ideas ambiciosas, pintándole como empresa justa y hacedera la de alzarse contra Cortés y tomar por su propia cuenta la colonización de Honduras.

“ Error grave fué el que cometió el conquistador de México, (harto extraño en su acostumbrada sagacidad y prudencia) al disponer que tocara la expedición en la Habana. Gobernaba la isla, Diego de Velázquez, antiguo enemigo suyo, que no podía perdonarle el haber ejecutado contra él un acto semejante al que aconsejaba Briones á Olid, contra el mismo Cortés. Así fué que cuando arribó la escuadra, el Gobernador y sus amigos no dejaron de aprovechar la ocasión que se les presentaba, de tomar su desquite. Rodearon y halagaron á Olid, que medio trastornado ya, con las sugerencias insidiosas de Briones, y aguijoneado por la ambición no vaciló en dar al traste con la fidelidad debida á su compañero, amigo y Jefe, y entregándose á los adversarios de éste, fué á convertirse en instrumento de una ruin venganza.

“ Se convino en que ocuparía Olid la tierra de Honduras en nombre del Rey, y que los provechos que se obtuvieran se distribuirían entre él y Velázquez, quien se comprometía á proveerlo, desde la Habana, de todo lo que pudiera necesitar en lo adelante y obtener, por medio de su influjo en la corte, la real aprobación de aquel acto y la concesión de la Gobernación en favor del mismo Olid.

“Hecho aquel concierto, salió la escuadra de la Habana, y navegando con buen viento, llegó el día 3 de mayo á una rada situada quince leguas adelante de Puerto-Caballos. Olid desembarcó, tomó posesión en nombre del Rey y de Cortés, (3) fundó una villa á que dió el nombre de Triunfo de la Cruz; por la festividad del día y creó municipalidad, proveyendo entre sus mismos soldados los oficios de Alcaldes y de Regidores.

“Mientras llegaba la oportunidad de rebelarse públicamente contra Cortés, consideró oportuno guardar las apariencias de la sumisión al que lo había enviado, y se ocupó en dictar las disposiciones conducentes al asiento de la nueva colonia. Dividió la mayor parte de su fuerza en partidas y las mandó recorrer y pacificar los pueblos.

“Entre tanto no había faltado quien diese aviso á Cortés, desde la Habana, de los tratos que habían mediado entre el Gobernador y su Teniente, de cuya traición no pudo abrigar la más ligera duda. Resuelto á castigarlo severamente, dispuso sin pérdida de tiempo, la salida de otra escuadra y confió el mando de la expedición á un primo suyo, llamado Francisco de las Casas, que estaba recién llegado de Castilla, y que era sujeto á propósito, en todos conceptos, para encargarle aquella importante y delicada comisión.

“Habiendo llegado las Casas delante de Triunfo de la Cruz, hizo anclar sus navíos y enarboló bandera blanca en señal de paz; pero

(3) ‘Bernal Díaz dice que Olid no quiso declarar desde luego su rebelión á fin de no enojar á los amigos de Cortés que iban en la expedición; y también porque si no resultaba la tierra tan rica como habían dicho, podría volverse tranquilamente á México, donde tenía mujer é hija y muchos indios de repartimiento

Olid no cayó en la celada, y mandando armar dos carabelas con la poca gente que le había quedado, se dispuso á impedir el desembarco á los de la escuadra.

“El Jefe de ésta, viendo que no podría capturar á Olid con engaño, resolvió hacer uso de la fuerza, y comenzó desde luego á disparar sus falconetes, escópetas y ballestas contra las carabelas. Contestaron éstas con brío; pero la lucha era harto desventajosa para los de Olid: Una de las dos pequeñas embarcaciones fué hechada á pique, muriendo algunos de los soldados y quedando heridos los otros. En tan apurada situación, Olid quiso ganar tiempo, mientras llegaban sus fuerzas que había llamado con instancia y propuso arreglos de paz á las Casas. Tuvo éste la inadvertencia de prestarse á conferencia, lo que hizo á causa de que cuando estaban empeñados en el combate, algunos de los soldados adictos á Cortés, que estaban con Olid, tuvieron modo de hacer decir secretamente al Jefe de la escuadra que suspendiese el ataque y fuese á desembarcar por otro punto, para marchar por tierra sobre la villa, y que, ayudando ellos, más facilmente capturarían á Olid.

“Entabláronse las pláticas; manifestó éste la mejor disposición para un arreglo, y en seguida se apartó un poco la escuadra con objeto de buscar en la costa un desembarcadero por donde se pudiese saltar en tierra á favor de la noche. Olid, entre tanto, aguardaba en la villa la llegada, que no debía tardar, de las fuerzas que había llamado. Lidiaban, pues, ambos capitanes, con armas iguales: la astucia y la falsía; pero la suerte quiso inclinar la balanza, por el momento en favor de Olid. Aquella noche se levantó un viento del Norte, tan recio, que antes de que las naves de las Casas, pudieran ponerse en sal-

vo, dió al través con ellas y las estrelló contra la costa. Ahogáronse treinta soldados y se perdió todo lo que había á bordo. Olid aprovechando aquel auxilio inesperado que le prestaban los elementos, cayó sobre los desdichados áunfragos y capturando á las Casas y á los demás que habían escapado con vida, los condujo presos á Triunfo de la Cruz. Hizo jurar á los soldados que le serían fieles y le ayudarían contra Cortés, en caso de que fuese á intentar someterlos, y les dió la libertad, manteniendo prisionero únicamente al Jefe, á quien trató, sin embargo, con toda clase de consideraciones.

“Mientras sucedía lo referido en la villa que había fundado Cristóbal de Olid, y se encontraba éste con un prisionero de tanta cuantía como Francisco de las Casas, la fortuna que parecía decidida á favorecerlo, allegando para más tarde los elementos de su ruina, le proporcionó una nueva satisfacción y puso en sus manos otro prisionero más importante aún que el deudo de Cortés.

“Sucedió que Gil González Dávila, que como hemos visto se había anticipado á Olid en dar principio á la conquista de Honduras, luego que supo la llegada de de este Jefe, consideró prudente no enemistarse con él, por lo pronto. Le escribió en términos corteses y le propuso alianza, á lo que contestó Olid con iguales expresiones de amistad. Uno y otro no trataban, en verdad, sino de engañarse mutuamente; y el más atrevido fué el que, por el momento, logró el triunfo sobre su secreto rival.

“Sabido Olid que González había llegado á un pueblo llamado Choloma, con poca gente, pues una parte de su fuerza andaba expedicionando y otra parte estaba sublevada, como que había tenido que ahorcar á un clérigo y á un seg-

lar que le insurreccionaban la tropa, consideró propia la ocasión para deshacerse de aquel peligroso competidor. Al efecto envió un Capitán Juan Ruano, á que procurase sorprender y capturar á González; y sea que aquel llevase á cabo el golpe de mano, como asegura un historiador, (4) ó que el mismo González tuviese la candidez de ir á entregarse á su falso amigo, como dice otro (5) lo cierto es que á los pocos días de haber capturado á las Casas, tenía también Olid en su poder á Gil González Dávila.

“Enorgullecido al verse con tan ilustres prisioneros, escribió á su amigo y socio el Gobernador Velázquez, dándole noticias de su triunfo. En seguida dispuso trasladarse á una población llamada Naco, situada en un ameno valle algo distante de la costa. Llevó con sigo á las Casas y á Gil González Dávila con otros de los principales sujetos á quienes había prendido; los hospedó en su propia casa, comían á su mesa y los trataba en todo más como amigos que como prisioneros.

“Pasados algunos días se supo en Naco que aquel Briones que fué el primero en aconsejar á Olid, que se resbalase, y que había salido con algunas fuerzas á pacificar ciertos pueblos, al saber que Cortés mandaba una escuadra respetable contra Olid, no vaciló en cometer una nueva traición, y aclamando al mismo Cortés, se declaró en rebelión contra su inmediato Jefe, que le había confiado una comisión importante.

“Viendo, pues, que Olid no podía contar ya con aquella fuerza; que la que había en Naco era poca y muchos de los soldados partidarios

(4) Herrera, Dec. III.—Lib. V.—Cap. XIII.

(5) Oviedo Historia General.—Lib. XXXI.—Cap. I.

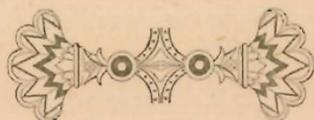
de Cortés; las Casas y González Dávila, urdieron una conjuración para deshacerse de su enemigo y recobrar la libertad.

“ Antes de poner el plan en ejecución, las Casas instó á Olid para que lo dejase volverse á México, ofreciéndole hablar á Cortés en su favor, á fin de que le conservase la gobernación de Honduras. Contestole Olid negándose á la solicitud y agregando por vía de chanza, sin duda, que se consideraba muy honrado en tener á tan insigne varón como él, en su compañía. Replió entonces las Casas, entre serio y jocoso, que siendo así *mirara por su persona, porque un día ú otro le habrían de matar*. Olid no hizo caso alguno del aviso, que recibió como un donaire; y con una confianza que rayaba en temeridad, continuó viviendo familiarmente con los que habían concertado ya la manera de llevar á cabo su amenaza.

“ Una noche, concluída la cena, los maestresalas y pajes levantaron los manteles y se retiraron, quedando el valeroso, pero imprudente General, solo y rodeado de sus enemigos. Conversaban sobre los incidentes de la guerra de México y sobre la fortuna de Cortés; y cuando más descuidado estaba Olid, se levantó las Casas y asiéndole por la barba, sin darle tiempo á defenderse, le sepultó en la garganta un afilado cuchillo de escritorio que llevaba oculto bajo el vestido. Gil González se arrojó al mismo tiempo sobre el desventurado y le hirió también cruelmente; haciendo otro tanto los soldados partidarios de Cortés, que estaban cerca y preparados al efecto. Gravemente herido, pudo todavía el esforzado Capitán salir de la casa y corrió á esconderse entre unos matorrales, llamando á gritos á los suyos para que lo socorriesen. Acudieron en efecto algunos; pero las Casas aclamó en

voz alta el nombre del Rey y de Hernán Cortés, y dijo que era ya tiempo de acabar con el tirano. Amedrentados los amigos de Olid al oír aquellas voces y al ver la resolución de los conjurados, no se atrevieron á oponérseles y se dieron presos.

“En el acto mismo hizo las Casas dar un pregón en que amenazaba con pena de muerte á cualquiera que sabiendo el paradero de Olid, no lo denunciase; medida que produjo el efecto que aquellos desalmados se proponían, pues el desdichado Capitán fué descubierto y entregado, vivo todavía, á sus enemigos. Fraguaron una especie de proceso contra Olid, y por sentencia que no tuvieron rubor de firmar los mismos asesinos, lo condenaron á ser degollado, lo cual se ejecutó públicamente, al siguiente día, en la plaza de Naco.”





0000150105